

# Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

## Mantzikert. El Contrasentido de su Significación.

**Autor:** Guilhem W. Martín. ©

<http://imperio bizantino.wordpress.com/>

---

**Extracto:** *¿Causa o consecuencia? La batalla de Mantzikert puede considerarse como uno de los mayores desastres sufridos por el Imperio en sus casi diez siglos de existencia. La humillación fue tan grande que un emperador, Romano IV Diógenes, acabó siendo capturado por los turcos selyúcidas de Alp Arslan al término de los combates. No se registraba un hecho parecido en los anales del estado romano desde el año 260 D.C., cuando otro emperador, Valeriano, había sido apresado por el rey persa Shapur. En el presente trabajo se realiza una investigación exhaustiva de los sucesos que llevaron a los bizantinos hacia el abismo. ¿Pero fue Mantzikert la causa del mismo?*

---

### Contenido.

Parte I: Las invasiones selyúcidas.

Parte II: Aquél terrible día.

Parte III: Triunfo de los burócratas y senadores.

Parte IV: Epílogo, desenlace y conclusión.

Fuentes documentales.

Apéndice: Mapas y planos de la batalla.

## **Mantzikert. El Contrasentido de su Significación. Parte I: Las invasiones selyúcidas.**

### **Introducción:**

Batallas decisivas en la historia de la Humanidad hubo muchas. Desde la Antigüedad Clásica, pueden seleccionarse un centenar sin recurrir a un libro de Historia; recordemos algunas de ellas eludiendo detalles: Kadesh, Maratón, Salamina, Siracusa, Gaugamela, Zama, Cannas, Cartago, Carras, Alesia, Farsalia, Actio, Teutoburgo, Adrianópolis, Campos Cataláunicos, Tricameron, Yarmuk, Qadisiya, Nehavend, Balatista, Hastings, Navas de Tolosa, Hattin, Constantinopla (1204), Kalka, Kulikovo, Campo de los Mirlos, Nicópolis, Ankara, Crecy, Agincourt, Varna, Constantinopla (1453), Rodas, Moachs, Viena... la lista es interminable y eso que solo hemos alcanzado las postrimerías de la Edad Media. De todas ellas quizá sea Mantzikert una de las más dramáticas al mismo tiempo que una de las menos tenidas en cuenta por la historiografía occidental. Se puede llegar a afirmar sin temor a equivocarse que, inclusive, se le ha dado mayor trascendencia al enfrentamiento de Poitiers (Carlos Martel frente a una fuerza expedicionaria árabe) que, en honor de la verdad, nunca llegó a superar en cuanto a magnitud y trascendencia a una mera riña fronteriza de avanzadillas expedicionarias. Sin duda alguna, Mantzikert fue mucho más que eso y su legado aún en la actualidad sigue pesando sobre algunos pueblos al mismo tiempo que es celebrado por otros. Pero, ¿qué fue Mantzikert y qué se jugó en el campo de batalla?

### **La sensación de cada historiador respecto a la gran batalla: deshojando la margarita.**

Georg Ostrogorsky. *“Historia del Estado Bizantino”*. Pág. 338-339. *“El 19 de agosto de 1071, cerca de la ciudad armenia de Mantzikert, no lejos del lago Van, el ejército mercenario (bizantino), numéricamente superior pero heterogéneo e indisciplinado, sufrió una derrota aplastante frente a las tropas de Alp Arslan (turcos selyúcidas). El emperador mismo (Romano I Diógenes) cayó prisionero... Fue este feroz epílogo (el historiador se refiere aquí a la dramática sucesión de Romano IV Diógenes) el que convirtió la derrota sufrida en mantzikert en una verdadera catástrofe, ya que el tratado celebrado entre Alp Arslan y el emperador Romano había perdido ahora su validez y los turcos aprovecharon la ocasión para declarar una guerra ofensiva y de conquista. Tal como sucedió en tiempos de la gran invasión árabe, el Imperio enfrentaba nuevamente al peligro de ser conquistado por el enemigo. En aquella ocasión, sin embargo, el ataque agresor se había encontrado con la heroica voluntad defensiva de los sucesores de Heraclio e interiormente el Imperio estaba sano. Pero en este momento todo estaba sumido en la más profunda desintegración, el fuerte sistema defensivo de los estratotas campesinos estaba en la ruina y como contrincante de los poderosos sultanes turcos reinaba en la ciudad imperial, rodeado de cortesanos intrigantes y de letrados locuaces, el mísero discípulo de Miguel Psellos, un ratón de biblioteca que desconocía la vida real, cuyas energías físicas y psíquicas ya se habían agotado prematuramente (el autor se refiere a Miguel VII)”*.

The History Collection. University of Wisconsin Digital Collections. Baldwin, M. W. 1969. Pág. 149. *“La batalla de Mantzikert marcó el comienzo de un nuevo*

período”. Pág.192. “La campaña de 1071 fue el mayor esfuerzo realizado por Bizancio para detener las incursiones selyúcidas. Fuentes orientales cifran la fuerza liderada por Romano Diógenes tierra adentro de Armenia en 300.000 hombres, agregando además que se trataba de un ejército bien equipado, provisto de una amplia gama de armamento y de máquinas de asedio. Se trata, sin lugar a dudas, de una exageración por parte de aquéllas. Las tropas bizantinas eran ciertamente superiores en número respecto a las anteriores fuerzas conducidas por Romano en Asia Menor. En cuanto a moral, cohesión y equipamiento, en cambio, resultaban inferiores. Se trataba en esta ocasión de un ejército compuesto por griegos, alanos, eslavos, uzos, varegos, normandos, pechenegos, armenios y georgianos. E inclusive entre algunos de estos grupos, por ejemplo griegos y armenios, reinaba la más absoluta desconfianza. Otros, en cambio, como sucedía con los uzos, eran turcos emparentados con los selyúcidas a cuyo bando desertaron en el fragor de la lucha. Y aún el número del ejército fue sensiblemente inferior al estimado en el momento mismo del enfrentamiento; había destacamentos de normandos al mando de Roussel de Bailleul y contingentes georgianos liderados por Jorge Tarchaniotes que habían sido despachados a la fortaleza de Qalat, en el lago Van, mientras que otros tantos habían sido asignados a la recolección de provisiones”... Pág. 193. “Destituído Romano Diógenes, Alp Arslan dio libertad de acción a sus bandas (para pillar Asia Menor). Ellas pronto inundaron la región en la que estaban destinados a asentarse. Fueron ayudadas en la empresa por la anarquía reinante que se había desencadenado durante el reinado de Miguel VII”.

Alexander A. Vasiliev. “Historia del Imperio Bizantino”. “La batalla de Mantzikert tuvo grandes consecuencias para el Imperio. Aunque según el tratado -cuyas cláusulas no conocemos bien en detalle-, Bizancio no cediera probablemente territorio alguno a Alp Arslan, sus pérdidas eran considerables, ya que el ejército que defendía las fronteras de Asia Menor estaba aniquilado y el Imperio era incapaz de resistir una nueva invasión turca en aquella región. La deplorable situación del Imperio se agravó aun más con el gobierno antimilitarista del débil Miguel VII. La derrota de Mantzikert asestó un golpe mortal al dominio bizantino en Asia Menor, es decir, en comarcas esenciales para el Imperio. “Desde 1071 no hubo ejército bizantino para resistir a los turcos” (Laurent). El historiador Gfrorer llega a decir que aquella batalla entregó a los turcos el Imperio bizantino entero, y Gelzer considera que tan grave suceso fue “el toque de agonía del Imperio bizantino... y aunque sus consecuencias no se notasen inmediatamente en todos sus espantables aspectos, no por ello dejó de quedar en pie esto: que el Oriente de Asia Menor, Armenia y Capadocia — que habían dado al Imperio tantos ilustres emperadores y soldados y eran la principal fuerza del Imperio —, se habían perdido para siempre y los turcos plantaban sus tiendas de nómadas sobre las ruinas de la antigua gloria romana. La cuna de la civilización se convirtió en presa de la fuerza bruta y de los bárbaros musulmanes”.

Franz Georg Maier. “Bizancio”. Pág. 229. “Fue entonces cuando Manzikert se convirtió en una catástrofe. Los turcos, que habían apoyado al emperador Romano en su intento de volver al trono, anularon los acuerdos firmados con el desgraciado emperador (depuesto por Miguel VII) e invadieron de nuevo el territorio bizantino. Miguel VII y sus consejeros no estaban ya en condiciones de levantar otro dique contra el torrente selyúcida. Toda Asia Menor sería en los próximos años una presa fácil para los invasores turcos”.

Carlos Diehl. *“Grandeza y Servidumbre de Bizancio”*. Pág. 22. *“En 1081 tres emperadores se disputaban el poder, y los turcos, vencedores de Romano IV Diógenes en la desastrosa jornada de Mantzikert (1071), acampaban casi frente a Constantinopla. Parecía estarse en vísperas de la ruina”*.

Claude Cahen. *“El Islam”*, pág. 278. *“Todo terminó con el desastre de Mantzikert (1071), donde, por primera vez en la historia musulmana, fue hecho prisionero un Basileus. Alp Arslan no aspiraba a la conquista de Asia Menor donde, por falta de cuadros musulmanes, corría el peligro de no poder mantener el dominio sobre sus indisciplinados turcomanos; deseoso de emprender la conquista de Egipto y no creyendo, por ahora, en una posible destrucción del eterno Imperio Romano, deseaba una reconciliación entre los dos imperios. Pero el hecho de que Bizancio fuese incapaz de oponer ninguna resistencia a los turcomanos hizo que éstos y sobre todo los que no tenían deseos de obedecer al sultán, se quedasen allí. Los partidos bizantinos, recurriendo a ellos los unos contra los otros, hicieron el resto, abriéndoles las puertas de las ciudades. En pocos años fue ocupada toda el Asia Menor, y, si no fue organizado un nuevo estado, cosa de la que los turcomanos todavía eran incapaces, al menos se destruyó el antiguo y se sentaron las bases de una población, de un modo de vida, nuevos, que serían el origen de la futura Turquía”*.

E. Platagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantrán. *“Historia de Bizancio”*. Pág. 182. *“La pérdida de Anatolia no es, en efecto, fatal inmediatamente después de Mantzikert. El vencedor, el sultán Alp Arslan, no tuvo en lo absoluto la intención de establecerse allí, pues el verdadero objetivo de este soberano muy ortodoxo era hacer desaparecer el califato herético de los fatimíes de Egipto. De hecho, las convulsiones internas del Imperio combinadas con un grave error de apreciación del peligro turco consolidaron el destino de Asia (Menor)”*.

Warren Treadgold. *“Breve Historia de Bizancio”*, pág. 205. *“Al no encontrar resistencia (tras la batalla de Mantzikert) los turcos prosiguieron su avance y pronto empezaron a plantearse no solo el saqueo, sino la conquista. La ausencia de Romano hizo que los soldados que quedaban aún en los themas abandonasen las armas”*.

No obstante, no es otro que Sir Steven Runciman en su trilogía *“Historia de las Cruzadas”*, Volumen I, págs. 74 y 75, quien, a mi juicio, emite la mejor sentencia acerca del resultado de la gran batalla. *“La batalla de Manzikert fue el desastre más decisivo en la historia de Bizancio. Los bizantinos, por su parte, no se hicieron ninguna ilusión sobre el particular. Sin cesar aluden sus historiadores a ese día espantoso. A los cruzados posteriores les parecía que los bizantinos se habían jugado en el campo de batalla el título de protectores de la Cristiandad. Manzikert justificaba la intervención de Occidente. Los turcos sacaron poco provecho inmediato de su victoria. Alp Arslan había conseguido su objetivo. Su flanco estaba seguro y había alejado el peligro de una alianza bizantino-fatimita... Tampoco su hijo y sucesor, Malik Sha,... emprendería la invasión del Asia Menor. Pero sus súbditos turcomanos estaban en movimiento. No había querido asentarlos en las antiguas tierras del Califato; sin embargo, las llanuras centrales de Anatolia, despobladas y convertidas en pastos de ovejas por los magnates bizantinos, eran perfectamente adecuadas para ellos. Encomendó a su primo, Suleimán ibn Kutulmish, la tarea de conquistar el país para el pueblo turco”*.

Así, pues, hay un consenso general entre los principales historiadores en señalar la trascendental importancia que tuvo Mantzikert tanto para romeos como para turcos. Pero tratemos de entender un poco más el alcance y las consecuencias de la legendaria batalla, partiendo de las fortalezas y debilidades de los bandos que se enfrentaban.

### **Los protagonistas de Mantzikert:**

#### **1. Turcos selyúcidas. Desde Turkestán hasta Irak.**

La tarea de esbozar la aparición y encumbramiento de los turcos selyúcidas en unas pocas líneas es una misión harto complicada aunque necesaria para entender tanto el significado de Mantzikert como las consecuencias directas de la gran batalla. Hacia el año 1000 los turcos habían fundado algunos estados entre Europa y China y el de los qarajani había sido, sin lugar a dudas, el primero en adoptar el Islam. Sin embargo, no serían sino los selyúcidas quienes erigirían el primer estado turco, mahometano de religión, de características eminentemente no regionales.

El Turkestán, la comarca originaria de los pueblos turcos, siempre había cobijado dinastías y linajes con escasa o casi nula propensión hacia algún progreso cultural. En determinados momentos de la Historia llegaron a prender en su áspero suelo algunas ciudades e, inclusive, incipientes entidades políticas que quedaron a medio camino en su desarrollo institucional. Hacia el siglo X a la comarca le tocó el turno de asistir al advenimiento del Islam por obra de la dinastía persa de los samanidas, la misma que debió contemplar su propia extinción a manos de aquéllos a los que había llevado la palabra del Profeta. Triste paradoja del destino. Desde entonces, casi todas las poblaciones afincadas en el Turkestán voltearían sus miradas indefectiblemente hacia Mesopotamia y la cuenca del Mediterráneo Oriental, es decir, las mismas latitudes de dónde les había llegado el Islam.

A partir del establecimiento del estado islámico de los ghasnávída o raznevías, que se extendía entre Lahore, al Este, e Ispahán, al Oeste, la presencia turca en Mesopotamia se fue consolidando progresivamente. Los emires de la región, e inclusive el propio califa, comenzaron a contratar bandas de turcos como guardia de corps o como mercenarios para sus ejércitos regulares. Con el paso del tiempo, los grupos de emigrantes empezaron a aspirar a algo mejor que conformar meros contingentes complementarios. Al promediar el primer cuarto del siglo XI, la familia de un viejo líder uguz llamado Selyuq, originaria de la zona de Djand (al este del Mar de Aral), sumándose al proceso migratorio, cargó sus petates a través de Transoxiana, adónde entró al servicio de un emir samani, primero, y de un qarajani después. Desde esa cómoda posición los recién llegados aventureros pudieron admirar los progresos que habían alcanzado algo más al Sur sus primos cercanos, los raznevías de Ghazni. La visión de tales logros les hizo emigrar una vez más y establecerse en el Jurasán (1025), adonde ocuparon el espacio vacío que había dejado otra tribu de turcomanos que ahora viajaba rumbo a Mesopotamia.

Guiados por Sagri (Chagri) y Tugril Beg (Togrul o Tughru), los selyúcidas tuvieron la suficiente capacidad como para saber instalarse entre los solapamientos creados por la difícil dialéctica que mantenían la arcaica comunidad agrícola de la provincia y los acólitos oficiales del régimen razneví. El descontrol y la rapiña reinantes, padecidos de manera acuciante por la población sedentaria, fueron una



invitación que Sagri y Tugril resolvieron aceptar con tal de despojar a los raznevies de sus posesiones en Jurasán. Cuestión de oportunismo que les valió al cabo la captura de las grandes ciudades de Merv, Tus, Nisapur y Tabas. Cuando los raznevies pretendieron reaccionar, su pesada caballería resultó aniquilada por los versátiles jinetes selyúcidas en Dandanqan (1040)<sup>1</sup>, al sudeste de Merv.

Dandanqan fue en definitiva una lección que los bizantinos habrían tomado con gusto si hubiesen tenido la ocasión, con tal de evitar lo que les sobrevendría poco tiempo después en Mantzikert. Acobardados por la persecución de Sagri, los raznevies buscaron refugio en el norte de India, regalando el Jurasán y parte de Sistan a sus vencedores. Tugril Beg, entretanto, iniciaba la conquista de Irán, tomando Ravy y Hamadán en 1046, e Ispahán, que se convertiría en su capital, en 1050. El siguiente paso de los selyúcidas, autoproclamados defensores de la ortodoxia sunni<sup>2</sup>, fue acudir en defensa del Califa abasida contra el enemigo herético de los chiítas, personificados por los buwayhies (buyies) de Irak y los fatimies de Egipto. La entrada en Bagdad de Tugril Beg, acontecida en 1055, fue saludada con júbilo por los sunitas, que se mostraron encantados ante el desmoronamiento de la autoridad de sus adversarios, acontecido sobre todo tras la derrota del despreciado visir al-Basasiri. Hacia 1058 Tugril Beg se había convertido, con la venia del Califa, en rey y sultán de Oriente y Occidente, mientras sus primos y tíos establecían precarios emiratos entre Yuryán y Azerbaiján. Lo que se abría a continuación delante de sus ojos no era otra cosa que una difusa línea tras la cual se escondían los territorios bizantinos de Armenia y Anatolia y las posesiones fatimies de Siria y Palestina.

## **2. Bizantinos: en el sendero de la perdición.**

En la persona de Basilio II Bulgaróctonos (976-1025), el Imperio Bizantino encontró la figura de esos extraños personajes que cada tanto arroja la Historia, cuyas obras y logros obligan a establecer bisagras en la evolución de un estado. Como usualmente se suele decir, existió un Imperio antes de Basilio, que alcanzaría la cúspide de su poder con él y que radicalmente cambiaría en un breve lapso de tiempo tras su muerte. Hasta el año 1025, Bizancio se nutrió de la sabiduría de los grandes soberanos de la dinastía macedónica, aquéllos mismos que, legislación y justicia mediante, se consagraron a la tarea de mantener y consolidar la pequeña propiedad.

Basilio II consideraba que los pequeños propietarios enrolados como estratiotas eran campesinos sujetos a servicio militar permanente. En tanto que labradores dueños de su propio tiempo y de su propia tierra, constituían una valiosa herramienta para frenar el mecanismo de leva feudal que el propio Basilio había tenido la oportunidad de conocer en los territorios de Eustacio Maleinos, un rico terrateniente de Capadocia. El poder de los terratenientes, en consecuencia, guardaba una relación directamente proporcional a la miseria de los soldados campesinos. Cuando ésta aumentaba como

---

<sup>1</sup> La batalla de Dandanqan fue en cierta manera una réplica del enfrentamiento que años después tendría lugar en Mantzikert: por un lado, un ejército integrado básicamente por escuadrones de caballería ligera sumamente maniobrables y versátiles, y, por el otro, una hueste rígida caracterizada por caballería pesada, muy bien acorazada pero de acotado rango de movilidad,

<sup>2</sup> La muerte de Mahoma en el 632 sin un mecanismo sucesorio claramente establecido dejó abiertas las puertas para una escisión del Islam. Tal escisión tuvo lugar cuando algunos de los seguidores del profeta apoyaron a Alí (chiítas), primo y yerno de Mahoma, contra la opinión del resto (sunitas), que prefirió la opción de secundar a notables como Abú Bakr y Omar.

resultado de la desidia del poder central, el latifundio renovaba sus intentos por ocupar las tierras de los arruinados campesinos<sup>3</sup>.

Al morir Basilio II Bulgaróctonos el 15 de diciembre de 1025, el Imperio Bizantino se hallaba en la cima de su esplendor. Sus fronteras se extendían desde la península de Crimea y el río Danubio, al Norte, hasta el mediodía de Siria, al Sur, y desde el Lago Van, al Este, hasta los principados de Salerno y Benevento, al Oeste. Todos los enemigos externos, sin excepción habían sido vencidos sino humillados: el Imperio Búlgaro del zar Samuel y los territorios servios hasta los límites con Hungría. Era la primera vez en siglos que la península balcánica volvía a quedar unificada bajo el dominio de los emperadores. Al Este, entretanto, los musulmanes fatimíes de Egipto habían sido contenidos cerca de Emesa y Baalbek, en el Orontes, mientras las armas y la diplomacia bizantinas, en forma conjunta, sometían los reinos armenios ubicados al sur de Georgia. En el interior, la amenaza latifundista había sido momentáneamente conjurada, al contraponérsele una constelación de pequeñas propiedades a cargo de campesinos o estratiotas. Pero la bonanza no duraría mucho.

Los sucesores del Bulgaróctonos fueron casi todos soberanos ineptos, sobre los cuales recayó la pesada herencia de resolver la contradicción interna surgida en torno al poder centralizado y los grandes terratenientes, o mejor dicho, entre la burocracia civil de la que formaban parte y la aristocracia militar que abastecía su poder merced a los minifundios, desvirtuando la naturaleza del esquema de *themas*. Pronto se dieron cuenta que el sistema económico y de distribución de tierras que tan celosamente habían defendido los emperadores del siglo X estaba siendo minado desde sus mismas entrañas por la ambición de la nobleza militar que el mismo sistema había engendrado<sup>4</sup>. La miseria de muchos estratiotas, especialmente de las regiones fronterizas de Anatolia, había sido aprovechada por estos magnates, quienes a poco se apropiaban de sus tierras y los degradaban a la condición de colonos. Cada vez más encumbrados por tales maniobras, estos poderosos señores despertaron el recelo de los funcionarios civiles de la corte, que se sentían naturalmente amenazados en su privilegiada posición. Durante años habían manejado los asuntos administrativos del Imperio, y de ellos dependía en definitiva el erario, puesto que el enorme ejército de recaudadores de impuestos que recorría el país de un extremo al otro respondía a sus órdenes.

La pronunciada cuesta abajo del Imperio, evidenciada en la desintegración de los *themas* y en el avasallamiento de la pequeña propiedad, obligaron a los sucesores de Basilio a adoptar medidas radicales. Si la consolidación del latifundio atentaba contra la autoridad del poder central entonces había que desmilitarizar al estado como una manera de atemperar la autonomía de los terratenientes. Curiosa medida que vino a tomarse justo cuando los selyúcidas golpeaban a las puertas de Armenia y Anatolia.

### **Las consecuencias inmediatas del advenimiento turco.**

---

<sup>3</sup> El mismo Basilio II había tenido que lidiar en los comienzos de su reinado contra poderosos latifundistas de Asia Menor, Bardas Focas y Bardas Scleros, cuyos levantamientos casi le hicieron perder el trono. La oportuna llegada de 6000 rusos (núcleo de la futura guardia varega) despachados por su aliado, Vladimir I de Kiev, salvaron finalmente la jornada para el basileo.

<sup>4</sup> Para una lectura más detallada acerca del proceso de descomposición del sistema de *themas* remitirse a "*La Pronoia. Una institución con sello bizantino*". Es posible la descarga en formato PDF de dicho artículo a partir de: <http://imperio bizantino.files.wordpress.com/2009/08/la-pronoia.pdf>

El establecimiento de los turcos selyúcidas como protectores del califato abasida, que tuvo lugar tras la entrada de Tugril Beg en Bagdad (1055), trajo nuevos motivos de preocupación a la gran mayoría de los estados vecinos. Hasta entonces, el debilitamiento de la autoridad califal había provocado esencialmente serios trastornos en las vías habituales empleadas para el intercambio comercial. Las principales rutas de comercio que atravesaban Irak permitiendo el intercambio de mercaderías entre Europa, por un lado, y China, India y Medio Oriente, por el otro, seguían prácticamente senderos paralelos con una escala en común que era Constantinopla. La meridional, que pasaba por Kirat, Ispahán y Bagdad cruzando luego la Alta Mesopotamia y el Jezireh, se bifurcaba más tarde en Antioquía, dónde los mercaderes podían optar por la opción terrestre que cruzaba Anatolia, o la marítima que se valía de los puertos del litoral mediterráneo. En ambos casos la seguridad estaba garantizada a través de la armada o del ejército imperial que, desde los días de Nicéforo II, guardaban celosamente los territorios reconquistados al Islam. La ruta septentrional, entretanto, procediendo del Lejano Oriente, cruzaba el Jurasán y el norte de Irak pasando por Herat, Rayy y Tabriz; en este punto se internaba en Azerbaiján y Armenia para alcanzar Trebizonda, a orillas del Mar Negro. Como ya se ha indicado, tanto una como otra confluían necesariamente en las radas de Constantinopla antes de acometer la etapa final de su recorrido hacia Occidente.

Al detenerse el avance del Islam en el siglo X, los grandes estados que compartían frontera en Siria, Palestina y la Alta Mesopotamia, es decir, los califatos de Bagdad y Egipto y el Imperio Romano, tuvieron un marco de mayor certidumbre para trocar entre sí. Cierta es que ocasionalmente estallaban conflictos entre ellos que se cerraban tan pronto primaba la cordura y el buen tino<sup>5</sup>. Sin embargo, la irrupción de los pueblos turcos en Irán e Irak vino a alterar el statu quo trayendo inestabilidad y levantando una nueva ola de fanatismo entre los seguidores del Profeta pertenecientes a la fe sunni. El desorden resultante fue una herida mortal para las tradicionales rutas comerciales al mismo tiempo que una tentación para pillar las atestadas caravanas que recorrían el país en una y otra dirección. No obstante, el golpe de gracia lo asestaron los selyúcidas cuando, tomándose a pecho las palabras del Califa, empezaron a perseguir a sus rivales chiítas, entre los cuales se hallaban los fatimíes de El Cairo. Las hostilidades entre Sagri Beg y los sucesores raznevíes de Mahmud, confinados entre Ghazni y Lahore, la conquista de Bagdad, y la ambición desmedida de los parientes de Selyuq por apropiarse de emiratos al sur del Mar Caspio, causaron graves problemas al flujo comercial que se canalizaba a través de los circuitos anteriormente descritos. La respuesta natural fue encontrar nuevas rutas y la que se valía del Océano Indico y del Mar Rojo para alcanzar Egipto y posteriormente Occidente resultó ser la mejor opción. Por desgracia, no tenía en cuenta a Constantinopla, cuestión que, al promediar el siglo XI, agregaría mayores calamidades a las que ya cargaba el Imperio sobre sus hombros.

### **Tugril Beg y las primeras invasiones selyúcidas.**

La aparición de los turcos selyúcidas en Medio Oriente, acontecida en la primera mitad del siglo XI, provocó profundas transformaciones en el ámbito del Islam y, como veremos a continuación, habría de dejar su impronta no solo en la esfera del Imperio

---

<sup>5</sup> Uno de los períodos de mayor tensión registrados entre fatimíes y bizantinos tuvo lugar hacia finales del siglo XI, cuando en Egipto gobernaba el excéntrico sultán Huséin al-Hakim (996-1021).



Bizantino sino en la Cristiandad oriental en su conjunto (romeos, armenios, georgianos, cristianos jacobitas, etc.). Convertidos en ghazis (guerreros de la Fe) por voluntad propia y por que llevaban en la sangre el espíritu aventurero de sus antepasados escitas, estos grupos nómades fueron pronto bautizados con el nombre de turcomanos por las poblaciones sedentarias que debían padecer sus vertiginosas razias (creando una primera confusión etimológica al respecto). La expulsión de los buyíes del corazón del califato no solo no aplacó a Tugril Beg y a sus secuaces sino que les abrió un nuevo campo de acción donde ejercitar la lucha contra el infiel trinitario y el hereje chiíta. Entretanto más y más bandas de turcomanos seguían convergiendo en Mesopotamia provenientes de sus territorios ancestrales emplazados entre el Turkestán y la zona de Jwarizm.

Ya en 1047 un príncipe selyúcida llamado Ibrahim Inal, hermanastro de Tugril, había probado suerte al oeste del lago Rezaye. En su avance por Armenia había llegado inclusive a saquear la ciudad bizantina de Teodosiópolis, aunque un ejército imperial acabó derrotándole en las inmediaciones de la ciudad. En los años siguientes, las incursiones sobre la frontera griega se intensificaron; en 1052 fue saqueada Melitene y dos años más tarde el mismísimo Tugril se animó a poner sitio a la fortaleza de Mantzikert tras tomar Arjish.

La reacción de Bizancio empezó con los primeros ataques turcomanos que se sucedieron durante el último tramo del reinado de Basilio II y consistió en incorporar algunos principados armenios para levantar una línea defensiva más cohesionada. En 1045 Constantino IX Monómaco consiguió que el Catolicós de Armenia le entregara Ani, la capital del reino, a sus delegados. Pareció un gran éxito pero en realidad fue una enorme equivocación. Al respecto, las palabras de Jean Pierre Alem no pueden ser más elocuentes: *“los bizantinos, después de haber ocupado Armenia, fueron incapaces de defenderla. Los armenios, luchando a las órdenes de su rey y de sus generales, habían tenido en jaque, hasta entonces, a los turanios. Desorganizados por la invasión de los griegos, no pudieron paliar la falta de aquéllos, sino con una resistencia esporádica. No habían pasado tres años aún desde el fin del reinado de Gaguic, cuando los selyúcidas acamparon en Armenia y cometieron las peores devastaciones”*.

Para colmo de males, a poco de la incorporación de Armenia, la ortodoxia capitalina en uno de sus inoportunos arranques de intolerancia religiosa, desataba la persecución sobre las comunidades de creyentes armenios, aumentando la conmoción y la desorganización en los lejanos *themata* del Eúfrates. Anexionándose el reino de los Bagrátidas, Constantino IX había dejado expuesto su flanco oriental a los turcos selyúcidas, justo en el preciso momento en que la política *“civilista”*, echando mano a los recortes en el presupuesto militar, sacrificaba la seguridad del Imperio en aras de un renacimiento económico que nunca llegaría a eclosionar.

A los turcos poco le importaron los dislates cometidos por los gobernantes bizantinos. Por el contrario, se aprovecharon de ellos para seguir presionando sobre los *themata* orientales del Imperio, cada vez más descuidados por los burócratas civiles que mandaban en Constantinopla. En sus campañas contra los territorios armenios, georgianos y griegos, Tugril Beg empleó una y otra vez a los díscolos turcomanos, debiendo hacer equilibrio entre las ventajas y las desventajas que le otorgaba el uso de tales aliados: por un lado una fuerza numéricamente importante, siempre dispuesta a cumplir con el mandato ghazi que había prendido en ellos tras su conversión al islamismo, y, por el otro, la incertidumbre que suponía apoyarse en grupos

extremadamente indóciles que en cualquier momento podían dar asilo a sus rivales políticos. Tal vez haya sido por ésta última razón que el líder selyúcida nunca accedía a que los turcomanos las emprendieran por su cuenta; siempre, en cada algarada, o participaba él mismo en persona o lo hacía a través de parientes de confianza: sus primos Asan e Ibrahim Inal.

A la vez que Tugril, con la asistencia de los turcomanos, sostenía una política agresiva en el Noroeste, sus lugartenientes se preocupaban por consolidar su autoridad en las provincias islámicas de Irak e Irán. En estas latitudes se empleó básicamente una combinación de fuerza militar y diplomacia para neutralizar primero, y ganar para la causa selyúcida después, a los principales jefes tribales, lo que se evidenció sobre todo en regiones tan distantes como Kurdistán y Siria oriental.

El respaldo del califa de Bagdad, concedido a Tugril en 1055, jugó también un papel decisivo al momento de definir lealtades, aunque también generó desconfianza y descontento. Los chiítas, sintiendo la persecución fanática de los ghazis, cerraron filas en torno al desterrado visir al-Basasiri y empezaron a crear problemas desde sus bases en Siria. Los inconvenientes creados por algunas revueltas de turcomanos en el Norte y por la desertión de Ibrahim Inal, quien deploraba la política condescendiente de su amo hacia los caudillos turcomanos, casi hizo perder la jornada a los selyúcidas. En la coyuntura, al-Basasiri, asistido por refuerzos del califa de El Cairo, consiguió recuperar Bagdad y expulsar a la corte abasida, que fue acogida en el exilio por un jeque árabe.

No obstante, Tugril no se desesperó. Contaba aún con la aceptación de la mayoría de sus parientes (entre ellos, los hijos de su hermano Sagri Beg) y con el apoyo de algunos jefes turcomanos por lo que, valiéndose de este respaldo, se decidió a eliminar, de una vez y para siempre, las amenazas que se cernían sobre su liderazgo. Así, pues, marchó en primer lugar contra los revoltosos que habían subvertido el orden en Mesopotamia, empresa en la que contó con la cooperación de la maltratada población sedentaria del lugar. Luego, habiendo capturado a su otrora leal medio hermano, Ibrahim Inal, le mandó a estrangular, con lo que pudo restablecer su ascendiente sobre gran parte de Irak. La cuarta y última fase de su campaña se cerró con una victoria rotunda sobre sus rivales chiítas: al-Basasiri fue perseguido hasta Siria y el Califa abasida restituido en su palacio de Bagdad. Fue entonces cuando Tugril, celebrando la restauración de sus dominios en Mesopotamia (1059), llevó a sus diestros jinetes hasta las murallas de Sebastea, en el corazón de Anatolia.

Tugril Beg murió en 1063. Había llegado a convertirse en el primer sultán de los grandes selyúcidas. Y en período que le tocó ejercer tal cargo desde su retorno a Bagdad (1059-1063), jamás pretendió incomodar la presencia o la investidura del Califa. Fue sucedido, no sin que antes mediaran luchas fratricidas, por uno de sus sobrinos, Alp Arslan.

### **Entre la retórica, la filosofía y la intelectualidad: Bizancio más vulnerable que nunca.**

A medida que los enemigos y ocasionales adversarios de los sultanes selyúcidas iban cayendo uno tras otro en Irán e Irak, se hizo patente que el único dique que podría contener la marejada oriental en su camino hacia Occidente era el Imperio Bizantino.

Pero hacia mediados del siglo XI, como ya se ha mencionado anteriormente, el estado romano no pasaba por su mejor momento. Al intento de la aristocracia militar por cambiar las tornas de una debacle que se anunciaba como segura le siguió la rápida reacción de la Iglesia y del partido civil, liderados por el primer ministro Miguel Psellos, el patriarca Constantino Leichoudes y la familia Ducas. El breve reinado de Isaac I Comneno<sup>6</sup> (1057-1059), con el que la clase castrense pretendió apuntalar el poderío imperial acabó en el infortunio cuando el basileo, medio enfermo y medio intimidado por sus rivales, adoptó los hábitos religiosos y se retiró como monje al convento de Studion. Los burócratas civiles volvían a tomar las riendas del Imperio.

Bien pronto, Psellos y el patriarca capitalino se ocuparon de promover a Constantino Ducas como nuevo emperador. El flamante basileo, que asumió la púrpura con el nombre de Constantino X (1059-1067), era un miembro del partido civil que se había destacado al frente de la tesorería imperial. Así pues, se trataba de un hombre que había transcurrido su vida a la sombra de la ideología imperante en la corte bizantina del último cuarto de siglo, aquella misma que según Gelzer había concebido una infortunada época signada por *“el reinado de los burócratas, de los retóricos y de los sabios”*. En tal condición el nuevo emperador sentía una especial animadversión hacia el bando militar y veía en los generales y terratenientes que le rodeaban, a potenciales conspiradores deseosos de provocar un cambio de régimen. Sin haber tomado nunca las armas ni servido en el ejército era de todo menos soldado y, en esa tónica, sus primeras medidas estuvieron en sintonía con su pensamiento.

Los recortes en el presupuesto militar, realizados bajo el reinado de Constantino X, pudieron obedecer a tales temores, aunque también es cierto que la conquista selyúcida de Irán e Irak había provocado un serio descalabro en las tradicionales arterias comerciales, afectando las rentas aduaneras del Imperio. Fuere una causa o la otra, o ambas a la vez, no cabe duda que la austeridad en el campo castrense resultó fatal. Mientras en Constantinopla el basileo se dedicaba cómodamente a suprimir cargos, partidas y vituallas y a licenciar tropas, en Armenia los turcos selyúcidas cometían las peores atrocidades, saqueando, mancillando y asesinando a su población.

Las invasiones selyúcidas empezaron en serio tras la muerte de Tugril Beg en 1063. Su sucesor, un hijo de Sagri llamado Alp Arslan, había aprendido de su tío que cuanto mejor emplease a los turcomanos en las campañas contra el infiel, menores serían los desmanes que estas bandas causarían entre los grupos sedentarios que habitaban el recientemente instaurado sultanato. Por tanto, al frente de lo mejor de su estirpe y seguido de una interminable línea de jinetes nómades, marchó presuroso a probar suerte en los territorios que los romeos habían adquirido en Armenia en tiempos de Constantino IX Monómaco (1042-1054).

Cuando el ejército selyúcida irrumpió al norte del lago Van, pillando y matando a diestra y siniestra, los bizantinos descubrieron el error que habían cometido al desarticular el baluarte armenio. De improviso, las avanzadillas turcas se encontraron con el campo deshabitado y, como un torrente descendiendo por la ladera de una

---

<sup>6</sup> Isaac I Comneno fue ciertamente el primer emperador de la dinastía homónima. Hijo de un oficial del ejército imperial llamado Manuel, Isaac accedió al trono merced a una revuelta con la que depuso a Miguel VI. En el lapso que va desde la muerte de Basilio II hasta la ascensión de Romano IV Diógenes fue quizá el único de los basileos que se animó a confrontar la crisis con medidas muy resistidas, como la expropiación de bienes a monasterios y latifundios.

montaña, se apoderaron de todo el país. Todas las grandes ciudades de la región fueron asaltadas y conquistadas: Kars, Ani y Dvin, e inclusive los georgianos fueron obligados a replegarse hacia el norte. Sin detener su inercia, Alp Arslan condujo luego a sus huestes hacia el corazón de Anatolia, donde se tomó el tiempo necesario para saquear el santuario principal de Cesarea, la Iglesia de Basilio el Grande, adónde se conservaban las osamentas del venerable santo. Fue un golpe de efecto formidable que empequeñeció la intensidad de los saqueos padecidos con posterioridad en Capadocia, Cilicia y el norte de Siria.

Entretanto, en Constantinopla, un enfermo y moribundo Constantino entregaba paulatinamente el manejo de la cosa pública a su hermano Juan<sup>7</sup> y a su esposa Eudocia Macrembolitissa. Miguel Psellos, que no tenía noción de lo que se estaba jugando en los *themas* orientales, se refiere al asunto con las siguientes palabras: *“entonces confió todo a su mujer Eudocia, a la que como marido consideraba la más prudente de las mujeres de su tiempo y capaz de dar a sus hijos una estricta educación (...) Ignoro si alguna persona llevó alguna vez una vida más admirada que este emperador o asumió la muerte con más alegría”*. Y más adelante no deja dudas en torno a la personalidad del emperador al aseverar: *“como destacado estudioso de nuestras letras solía decir ojala se me reconociese por esto y no por mi condición de emperador”* (“Cronografía”, págs. 432 y 433).

### **La reacción bizantina: Romano IV Diógenes.**

A pesar de coincidir con lo peor de las devastaciones selyúcidas en Anatolia oriental (conquista de Ani en 1065, ataques sobre Edesa y Antioquía en 1066 y saqueo de Cesarea en 1067), la muerte de Constantino X, acontecida en mayo de 1067, dio a los bizantinos una oportunidad inigualable para recuperar el control de la situación, iniciativa incluida. En la elección del sucesor pesaban entre otras cosas el poderío del partido civil y la omnipresente figura del primer ministro, Miguel Psellos, quien no quería saber nada con un cambio de régimen. Además, a la emperatriz Eudocia le preocupaba sobremanera que la minoridad de sus hijos, Miguel, Andrónico y Constantino, diese motivos a un ulterior desconocimiento de sus derechos al trono si es que un regente debía hacerse cargo de la situación. Tenía el apoyo de su cuñado Juan Ducas, de Psellos y de la Iglesia capitalina, pero el tiempo era su peor enemigo. Por eso cuando el patriarca Juan Xifilinos, presionado por los altos mandos castrenses y conciente de lo que estaba en juego, decidió cambiar sus lealtades, el bando de los burócratas supo de inmediato que había perdido la partida.

En la lucha contra los pechenegos, que Constantino X había librado con relativo éxito (1064 y 1065), se había destacado especialmente un magnate de Capadocia llamado Romano Diógenes. Dada la angustiosa situación militar que atravesaba el Imperio, las acciones de Romano no pasaron desapercibidas en los círculos de poder de Constantinopla. Fue llamado de inmediato a la capital y presentado a la emperatriz como futuro soberano. A Eudocia no le quedó más remedio que prestar su consentimiento para la boda, tanto más por cuanto Juan Xifilinos no puso reparos en plegarse a los intereses del partido militar. Así, pues, el 1º de enero de 1068 Romano Diógenes fue coronado emperador con el nombre de Romano IV.

<sup>7</sup> Se trata del César Juan Ducas, padre del inefable Andrónico Ducas, comandante de la reserva bizantina en el campo de Mantzikert.

Apenas subido al trono, el nuevo basileo se encontró con que los recursos para hacer la guerra a los enemigos del Imperio eran dramáticamente insuficientes. De un lado, la tesorería padecía la estrechez del reflujo comercial provocado por las invasiones turcas en Medio Oriente, y del otro, el descuido de la legislación antilatifundista, el generalizado licenciamiento de tropas y los caprichosos recortes al presupuesto militar habían creado un caos en el otrora eficaz sistema de *themas*. Tal vez si la situación internacional hubiese estado más aplacada, la debacle del potencial bélico bizantino no habría quedado tan en evidencia. Pero hacia 1068 el Imperio soportaba el ataque sistemático de sus vecinos inmediatos. Aparte de los selyúcidas en el Este, había enemigos por todos lados. En los Balcanes, dos pueblos nómades, los uzos y los pechenegos, hacían de las suyas vadeando ocasionalmente el límite natural del Danubio e internándose en provechosas partidas de saqueo por la provincia de Bulgaria. Ya durante la década previa habían puesto en serios aprietos a las guarniciones griegas acantonadas a lo largo de ese curso de agua. El mismo Romano había tomado parte en tales enfrentamientos y, cerca de Sofía (1065), el por entonces ignoto general se había adjudicado los laureles al derrotar y poner en fuga a los pechenegos.

La posterior invasión de los uzos fue todavía más devastadora. Adelantándose a la migración de los cumanos, los uzos cruzaron el Danubio y, en bandas de cientos o miles, se dispersaron por Bulgaria pillando y asesinando a su antojo. De nada sirvieron los esfuerzos de los generales comisionados para detenerles; Basilio Apokapes y Nicéforo Botaniates fueron vencidos sin atenuantes y hechos prisioneros. La masiva migración de bárbaros, como los bizantinos se referían al asunto, dejó posiblemente estigmatizados a los “*ciudadanos universales*” que habitaban las provincias imperiales, desde Tracia hasta Larissa y la misma Tesalónica. Partícipe o cómplice de una conjura contra Constantino X, Romano Diógenes no participó en esta ocasión de la defensa de los territorios balcánicos. Poco tiempo después sería condenado a un efímero exilio que acabaría con el llamado de Eudocia para hacerle compañía en el trono. Entretanto, la incursión de los uzos había dejado al descubierto la ineptitud de Constantino X para defender a sus súbditos, primero, y la decadencia de la maquinaria bélica del Imperio (cuya principal manifestación devenía de sombríos indicadores: escaso o nulo adiestramiento, indisciplina, y paupérrimo equipamiento), después. Solo gracias a un oportuno brote de peste y a la hambruna que venía germinando desde los días de las invasiones pechenegas lograron los griegos hacer retroceder a los uzos. La falta de reflejo militar fue tan alarmante que los bizantinos no dudaron en atribuir a la Providencia la victoria circunstancial sobre sus ocasionales agresores. Diezmados por las enfermedades y el hambre, los uzos recibieron su merecido en pleno desbande: fueron perseguidos y asesinados en el camino por pechenegos y búlgaros. Aquéllos que se salvaron aceptaron de grado la indulgencia de las autoridades imperiales y fueron autorizados a establecerse en Macedonia para cultivar la tierra que ellos mismos habían dejado yerma y huérfana de propietarios (quizá la medida buscaba volver a recomponer en esas latitudes el tejido de pequeños labradores libres o soldados campesinos sobre los que se sustentaba el sistema de *themas*). La amenaza de los pueblos de las estepas, sin embargo, permaneció latente, personificada en los campamentos pechenegos emplazados al otro lado del Danubio y más allá, bajo los fieltros de otra tribu turca tanto o más belicosa que sus parientes meridionales, los cumanos.

El calamitoso cuadro que presentaba el Imperio se completaba con los desafortunados eventos que se estaban sucediendo a una velocidad vertiginosa en el sur



de Italia. Allí, los indóciles y siempre inquietos príncipes lombardos de Salerno y Benevento habían descubierto demasiado tarde que las bandas de normandos contratadas para hacer las veces de mercenarios eran más dañinas que las milicias adeptas al emperador de Constantinopla. A poco, entre 1030 y 1040, se establecieron principados normandos como cuñas entre los territorios lombardos, las ciudades estado de Nápoles, Gaeta y Amalfi, y las provincias bizantinas de Longobardía y Calabria. Uno de ellos, fundado por miembros de la familia de los Hauteville y levantado en torno a la ciudad de Melfi, acabaría pronto engulléndose a los demás con la aquiescencia del Papa y del emperador occidental. Grueso error de cálculo que ambos potentados pagarían demasiado caro. Cuando en el verano de 1053 León IX y Enrique III llegaron a un acuerdo para enmendar su error, el ejército combinado ítalo-germano fue derrotado gravemente en la localidad de Civitella, en Apulia. A partir de entonces el Sumo Pontífice se desdijo de su anterior política y reconoció a Roberto Guiscardo, miembro del linaje de los Hauteville, el título de duque de Apulia y Calabria. Fue una medida desesperada que venía a dictaminar la carta de defunción para las posesiones bizantinas que todavía se mantenían en Italia. Por eso no deja de sorprender que, frente a tamañas adversidades, el Imperio todavía conservase Bari, Brindisi, Otranto y Tarento en vísperas de la ascensión al trono de Romano Diógenes (el mejor trabajo sobre esta época pertenece a Roberto Zapata Rodríguez: *“Italia Bizantina, Historia de la Segunda Dominación Bizantina en Italia, 867-1071”*<sup>8</sup>).

### **Romano Diógenes según la óptica de uno de los hombres más influyentes de su tiempo. La visión de Miguel Psellos.**

Con tantos enemigos dispuestos a tomar partido de la debacle del Imperio, la situación de Romano se tornó incómoda desde el primer día de su reinado. Para colmo de males, el nuevo emperador tampoco encontró paz puertas adentro, donde pululaban los conspiradores, casi todos burócratas y funcionarios civiles que no se resignaban a perder sus prerrogativas y derechos. Al referirse a él en su *“Cronografía”*, Miguel Psellos no le tiene misericordia: *“No obstante, la mayor parte del tiempo su comportamiento no llamó la atención y solo durante el reinado de la emperatriz Eudocia (1067), cuyo relato acaba de trazar el párrafo precedente, desveló sus ocultos propósitos. Fue sin embargo detenido en seguida y habría pagado su audacia ante la justicia si no lo hubiera rescatado de la condena la clemencia de la emperatriz, que cometió con él un error de juicio. Creía en efecto que si nombraba emperador a aquél que había salvado cuando habría debido ejecutarlo, ella conseguiría asegurarse todo el poder, mientras que él no tendría nunca una opinión que fuera contraria a los deseos de ella. Sus razonamientos eran correctos, pero no logró su objetivo, pues después que él fingiera obedecerla durante no muchos días, en seguida actuó como era propio de su carácter, y cuanto más quería ella dominarlo y como domesticar al que era el soberano, más se rebelaba él a las bridas y miraba aviesamente, con ferocidad, a la mujer que le tiraba de las riendas. Al principio mascullaba entre dientes, pero después también hizo público su resentimiento”*.

Habiendo perdido casi toda su influencia sobre la emperatriz, Psellos carga sus tintas contra la persona que había sido escogida para salvar al Imperio de la grave crisis política e institucional en la que se hallaba sumido. Escribiendo a posteriori de los

<sup>8</sup> Versión revisada y corregida por Eva Latorre Broto.

hechos que narra (léase Mantzikert), queda claro que lo que el distinguido funcionario pretendía era desligar a su partido y a su persona de la catástrofe que sobrevendría. Y lo que es más, adjudicando a Romano la culpa directa e indirecta de las faltas y desaciertos cometidos a lo largo de las últimas décadas, como si realmente hubiesen sido producto de la reconducción militar implementada por el nuevo basileo, Psellos además procuraba desentenderse de la responsabilidad que le cabía por las decisiones y consejos gestionados durante el reinado de los anteriores soberanos (Constantino IX Monómaco, Teodora, Miguel VI, Constantino X y Eudocia).

Veamos otro párrafo de su obra para corroborar lo dicho: “*Él pretendía ser soberano absoluto y disponer en exclusiva del poder del Estado, pero como todavía no había realizado ninguna empresa noble durante su reinado, estaba reservándose la oportunidad para actuar. Justamente con este propósito, además de para salvar el Estado, declaró la guerra a los persas*” (los turcos selyúcidas, cuyos territorios coincidían a la sazón con la superficie que otrora ocupara el imperio persa). No cabe duda pues que, al describir la manera con que Romano pensaba manejar la crisis (en tanto que soberano absoluto y disponiendo en exclusiva del poder del Estado), Psellos sangra por la herida. No se resigna a reconocer su caída en desgracia, lo mismo que la del partido que él representaba. Por otra parte, se refiere a la guerra contra los selyúcidas o persas según él les suele llamar, como un mal innecesario creado por el basileo en pos de una empresa noble necesaria para justificar una entronización al poder tan poco convencional como había resultado ser la de Romano. De manera increíble el notable consejero levanta una cortina de humo posiblemente para esconder detrás de ella la verdadera dimensión de los hechos que se estaban sucediendo en el otro extremo del Imperio: que los turcos estaban asolando las provincias orientales con tanta impunidad que se podía seguirles el rastro a través de la estela de asesinatos y destrucción que iban dejando tras de sí.

Más adelante Psellos acusa a Romano de temerario, incauto e improvisado. En su “*Cronografía*”, pág. 443, escribe sin temblarle el pulso: “*Yo, que acostumbro a aconsejar a los emperadores de hacer lo que es más conveniente, intenté disuadir a este hombre. Le decía que en primer lugar debía considerar los efectivos militares disponibles, llevar un registro de las tropas y recurrir a los aliados extranjeros; y que luego, una vez dispuestas así las cosas, podría decidirse a ir a la guerra*”. Extraño consejo que no se condice en absoluto con la mentalidad de uno de los exponentes más representativos del partido civil. Que Psellos aconsejara a Romano en el arte de preparar y hacer la guerra es tan ridículo como revelador: a mi entender sus palabras dejan entrever el “*modus operandi*” que habían venido aplicando los “civilistas” para imponerse a sus odiados rivales. Esto es, propiciar el establecimiento de un ejército insuficiente, desorganizado y desarticulado que asegurase mandos militares débiles y fácilmente manejables. En otras palabras, lo que hace el primer ministro luego de producirse la catástrofe de 1071 es enumerar las causas de la misma y, por cierto, atribuir el origen de todos los males al reinado de Romano.

En otro pasaje de su obra, Miguel Psellos da cuenta de la inestabilidad del basileus: “*de nuevo pues se hicieron preparativos para una segunda campaña*<sup>9</sup>. Para abreviar mi relato, diré que en esta ocasión también yo tomé parte, aunque incidental,

---

<sup>9</sup> La segunda campaña contra los turcos selyúcidas llevada a cabo por Romano IV Diógenes tuvo lugar en el año 1069.

*en la expedición. El emperador me presionó de tal modo para llevarme con él que no me fue posible negarme. La causa por la que se empeñó tanto en tenerme con él, no debería decirlo ahora, ya que en mi historia prescindo de la mayoría de estos detalles, sino que la revelaré cuando en alguna ocasión escriba al respecto. Evito así mencionarla ahora, para no dar pie a que se me acuse de hostilidad hacia su persona y de querer arruinar completamente su prestigio".* Lo cierto es que Romano, en cada campaña, debía arrastrar literalmente tras de sí a sus adversarios políticos, entre los cuales Psellos era uno de los más importantes. Dada la estrecha relación que unía a la familia Ducas con el primer ministro, el emperador no se podía dar el lujo de dejarles instalados plácidamente en la corte capitalina. No era un secreto la antipatía que profesaban los Ducas, especialmente el César Juan (hermano del fallecido Constantino X) por la persona que les había desplazado a segundo plano, como tampoco lo era el hecho de que dicha familia no dejaba de preparar el camino para su retorno, intrigando y comprando influencias.

El 13 de marzo de 1071 Romano Diógenes dejó Constantinopla por tercera vez para enfrentarse contra el invasor selyúcida. Ahora como antes estaba solo y peligrosamente vulnerable y ahora como antes volvió a hacerse acompañar por sus enemigos de puertas adentro. Psellos, sin embargo, consiguió eludir la convocatoria y permanecer en la capital. Demasiado tarde se daría cuenta el emperador del error que había cometido al dispensarle de unirse a la expedición.

#### **Las prioridades de Romano IV: el problema turco y la defensa de las provincias orientales del Imperio.**

Ya se ha mencionado cómo los enemigos del Imperio se aprestaban, desde sus respectivas posiciones, a arremeter contra el limes imperial hacia 1068 y cómo las necesidades acuciantes apremiaban al sucesor de Constantino X a establecer prioridades para evitar malgastar los magros recursos disponibles. Por fin en el momento más crítico, Romano IV, que era un eficiente soldado, tomó una decisión. Italia estaba demasiado lejos y en todo caso su pérdida no representaba una amenaza seria para Constantinopla (el tiempo demostraría a la larga lo errado de tal apreciación); la frontera danubiana, por su parte, seguía sufriendo intermitentemente las razzias de húngaros, pechenegos y uzos, aunque la situación no era ahora tan grave como la vivida entre 1065 y 1066. La población búlgara se mantenía obediente y pese a que muchas ciudades fortificadas yacían desprotegidas, todavía quedaba la opción de los sobornos para impedir nuevos ataques desde la antigua Dacia. Anatolia, en cambio, revestía una importancia capital que no pasaba desapercibida para el basileo quien, siendo originario de Asia Menor, conocía las bondades de la región en tanto que fuente natural de reclutamiento. Las continuas incursiones de los selyúcidas habían alterado el equilibrio del poder en Medio Oriente, y hacia 1068 estaban minando el orden y la viabilidad administrativa de los *themas* más expuestos a ellas: Capadocia, Carsiano, Sebastea, Melitene, Mesopotamia, Teodosiópolis y Lycandos, condición que ya se había perdido irremediablemente en otros como Vaspurakan, Taron, Teluc y las Ciudades Eufráticas. Por tanto, cuando Romano empezó a planificar su primera campaña oriental, estaba claro que la pérdida de Italia era cuestión de tiempo<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> No obstante, ni el más clarividente funcionario imperial habría apostado por que la pérdida de Italia meridional se hubiese dado de una manera tan vertiginosa.

En relación con las operaciones militares resueltas por el basileo para frenar el avance selyúcida, Miguel Psellos en su *“Cronografía”* (págs. 443 y 444) da cuenta de supuestas fallas en su preparación. El primer ministro dice: *“salió pues en campaña contra los bárbaros con todo el ejército, sin saber a dónde se dirigía ni que iba a hacer. Anduvo así errante, decidiéndose a seguir un camino y tomando luego otro. Quizá le rondaba la idea de ir a Siria y Persia pero lo único que consiguió fue llevar al ejército tierra adentro y hacerlo acampar en las cumbres de unas montañas, para luego descender a la costa, dejarlo aislado en un paso estrecho y conseguir que murieran muchos soldados en esta maniobra”* (Psellos se refiere aquí a la primera expedición de Romano, que tuvo lugar entre marzo de 1068 y enero de 1069 en territorio sirio). Más tarde, también hace alusión a la segunda campaña de Romano en estos términos: *“tuvo lugar así la segunda campaña que no destacó en nada por encima de la primera, pues resultó en todo equiparable y equivalente. Aunque nosotros caímos por millares, apenas eran capturados dos o tres enemigos parecía que ya no estábamos vencidos y estallaba un gran aplauso por nuestra acción contra los bárbaros. De esta forma, su jactancia no hacía sino crecer y cada vez era mayor su arrogancia porque había conducido dos campañas. Perdió totalmente el sentido de la realidad y se apartó del camino correcto cuando recurrió a malos consejeros<sup>11</sup>”* (*“Cronografía”*, pág. 445).

Aunque Georg Ostrogorsky, en su *“Historia del Estado Bizantino”* asevera que *“las primeras campañas tuvieron un cierto éxito”* (pág. 338), lo que queda claro es que una vez más Psellos no pierde la oportunidad de remarcar que, mientras su consejo no fuera tenido en cuenta, nada bueno podría surgir de un soberano que se negaba sistemáticamente a escucharle. Y para atribuir a Romano la culpa de todo sin que quedasen dudas de ello, el destacado funcionario señala luego: *“como acostumbraba a hacer en todos los asuntos ya fuesen civiles o militares, no solicitó a nadie su opinión de cómo actuar...”*. Aludiendo a la tercer y última campaña, Psellos vuelve a insistir en la autosuficiencia y la intransigencia del emperador como factores determinantes de la tragedia que estaba a punto de sobrevenir.

---

<sup>11</sup> Sería interesante en este punto de la cita abocarse a un ejercicio de especulación para tratar de averiguar a quiénes se refería Miguel Psellos con tal afirmación y juicio: ¿A Miguel Atalates, el otro historiador contemporáneo y simpatizante de Romano? ¿A Teodoro Alyattes, lugarteniente y estratega del basileo?, o ¿tal vez a Basilacio y Brienio?

**Mantzikert.****El Contrasentido de su Significación.****Parte II: Aquél terrible día.****El ejército imperial en vísperas de Mantzikert.**

Dignos depositarios del legado romano, los bizantinos nunca dejaron de concebir la guerra como un arte en permanente evolución. La aparición recurrente de enemigos o el incidental encumbramiento de los tradicionales obligaban a los estrategas griegos a trabajar a destajo en la innovación del equipamiento, en el desarrollo de nuevas tácticas de combate, en la planificación de la logística, en el establecimiento de un servicio eficiente de enfermería y en la implementación de modificaciones en el armamento, entre otras cosas. Así pues, del legionario tradicional empleado extensivamente por los cuerpos de infantería hasta bien entrado el siglo VI, el ejército imperial había ido alterando la dosificación de hombres de a pie y jinetes acorde al mandato de las circunstancias. A punto tal que, hacia finales del siglo X, durante el reinado de Basilio II, los regimientos de caballería pesada o catafractas habían desbancado de su puesto de honor a las viejas cohortes de legionarios de pilum y gladius.

De paso, la experiencia, adquirida con el transcurso de los años sirvió como una constante fuente de retroalimentación que se evidenciaba especialmente en el proceso de ensayo, prueba, y error, tornando siempre el consecuente aprendizaje en una lección inestimable para los futuros generales. Ostrogodos y visigodos, hunos, eslavos, persas, ávaros, lombardos, búlgaros, árabes, rusos y los más recientes y virulentos normandos, pechenegos, uzos y selyúcidas, todos sin excepción dejaron sin quererlo su impronta en los manuales bélicos de táctica y estrategia. Caballería o infantería, regimientos de arqueros a caballo o de a pie, verdaderas migraciones de pueblos o meras bandas de saqueadores, flotillas piratas o colosales armadas, cada combinación supuso una dura prueba para el ejército imperial y habrá que convenir que, como suele suceder, el aprendizaje devino generalmente de dolorosas derrotas. En este sentido, Adrianópolis, Yarmuk, Pliska y Anquialoz, dejaron lecciones mucho más jugosas que las fulgurantes victorias de Tricameron o Dorostolon, lo cual tiene su lógica a partir de la premisa imperecedera según la cual no hay que improvisar sobre aquello que funciona. Incansables observadores, los bizantinos se caracterizaron precisamente por su capacidad para aprender del fracaso; el mismo Psellos, arreciando las invasiones selyúcidas, realizó una interesante observación acerca de la táctica empleada por los selyúcidas para atraer a sus adversarios a una trampa: *“Cuando éstos (los turcos) se enteraron de su avance, quisieron atraerlo hacia ellos para hacerlo caer en sus redes, y así se ponían a correr hacia delante con sus caballos y luego se daban de nuevo la vuelta como si quisieran huir, de forma que, después de hacer esto muchas veces, capturaron a algunos de nuestros generales y los retuvieron como prisioneros”* (*“Cronografía”*, págs. 446 y 447. El autor hace alusión a la tercera campaña de Romano I Diógenes contra los selyúcidas).

El alto grado de movilidad de la caballería ligera enemiga, que es lo que en definitiva Psellos intenta subrayar no fue, sin embargo, un atributo exclusivo de los jinetes selyúcidas. Ya antes el Imperio había debido lidiar con formaciones similares; con los húngaros, por ejemplo, empleó catafractas en lugar de arqueros y el resultado de la refriega acabó incierto: ni las cabalgaduras griegas, pesadas y rígidas, lograban dar alcance a los veloces arqueros montados magiares ni éstos últimos se aventuraban a



soportar la arrolladora carga de los caballeros bizantinos. Algo similar sucedió cuando los generales bizantinos formaron su vanguardia con una nutrida fila de hombres armados con largas lanzas. Inclusive el *Strategikon* es un compendio de definiciones acerca del *modus operandi* empleado por las tribus septentrionales que los bizantinos llamaban “*escitas*”, al mismo tiempo que una fuente de consulta inestimable para lidiar con tan peculiar enemigo. El legendario manual, refiriéndose a los invasores avaros, magiares y turcos, estipula que sus jinetes prefieren las batallas de rango amplio, emboscadas y maniobras envolventes; retiradas fingidas y súbitos contraataques.

La diferencia con el caso que nos ocupa es que, luego de escalar hasta la cima de su esplendor, el Imperio de Oriente se había habituado al empleo extensivo de catafractas. La seguidilla de victorias obtenidas desde los días de Nicéforo II Focas (963-969) había consagrado a la espada, el arco, la lanza, el yelmo, el escudo y la coraza de escamas, es decir, a las catafractas, como el arma ideal para entrar en batalla. En parte por que la adopción de un modo de vida sedentario había cambiado los hábitos del enemigo: ya no se guerreaba para obtener botín a través del pillaje sino que se peleaba para conservar las hijuelas conquistadas frente a nuevos pueblos nómades que avanzaban desde el núcleo central de Asia. Así, la gran victoria de los selyúcidas en Dandanqan fue la victoria de la caballería ligera de los nómades sobre los pesados jinetes gasnávidas aportados por una población, también turca, que se había hecho sedentaria. Habitados, pues, a conflagraciones con adversarios que habían adoptado sus mismos métodos, técnicas y tácticas, a los bizantinos les faltó reflejo para contrarrestar la mayor movilidad que proponían los recién llegados selyúcidas. Perseveraron en el empleo de las catafractas, lentas, pesadas y carentes de resistencia para acometer largas persecuciones. Para colmo de males, los complementos de caballería ligera suministrados por las naciones vasallas resultaban por lo general insuficientes o no eran de fiar al momento de entrar en combate. Así pues, salvo que un accidente natural intercediera para cerrar el paso de la caballería ligera, las catafractas únicamente servían si el rival accedía a mantener su posición pese a la carga frontal de aquéllas. Pero nada más.

Ya durante sus dos primeras campañas Romano IV había tenido la oportunidad de probar la escasa efectividad de su caballería pesada. En Siria, por ejemplo, una fuerza expedicionaria turca consiguió escabullírsele delante de sus narices y saquear Neocesarea, en 1068. El premio consuelo llegó para el basileo cuando sus tropas consiguieron sorprender a una segunda hueste cerca de la ciudad de Tefrica (Divrig), al norte de Melitene. Al año siguiente la historia se volvería a repetir con Romano asediando un punto estático, la ciudad árabe de Menjib, mientras la partida selyúcida a la que había salido a perseguir asolaba el corazón de Capadocia.

Por cierto, ya se ha mencionado cómo Psellos y sus partidarios denostaban todos los esfuerzos realizados por el basileo para lidiar con el invasor. En ningún momento, no obstante, Romano se sintió desanimado. Pese a las burlas y al escarnio permanente al que era sometido por sus pueriles enemigos de la corte<sup>12</sup>, el emperador siguió adelante con sus intentos de frenar el avance de los turcos. Ya durante sus campañas del verano y otoño de 1068 se había dado cuenta que un destacamento estratégicamente ubicado en

---

<sup>12</sup> No solamente se trataba de burlas. Romano era plenamente consciente del descontento del partido civilista, integrado en su mayor parte por burócratas y senadores del estilo de Miguel Psellos y Juan Ducas. Por eso, en cada campaña que emprendía, tomaba el recaudo de llevarse consigo a los más peligrosos.

el Eufrates superior condicionaba el rango de dispersión de los saqueadores dentro del territorio imperial. Volvió a probar suerte con la misma estrategia hacia comienzos de 1069, comisionando primero a un general normando, Roberto Crispín, y después, a uno armenio, Filareto Bracamo. En ambos casos la aventura terminó en fracaso. Crispín y sus normandos se rebelaron y saquearon la provincia, mientras que Filareto fue derrotado por los selyúcidas y debió ser auxiliado por Romano. La retirada del basileo hacia Constantinopla se produjo justo cuando Alp Arslan sitiaba la fortaleza armenia de Mantzikert, cerca del lago Van.

Tampoco 1070 fue un año auspicioso para los bizantinos. Manuel Comneno, un sobrino al que Romano había encomendado la defensa de las provincias orientales, fue derrotado y hecho prisionero por Arsiaghi (o Er-Sighun, un cuñado de Alp Arslan). En su celda, Manuel recibió la visita de Arsiaghi, que estaba interesado en derrocar a su señor; al cabo ambos se desplazarían hacia Constantinopla para negociar una alianza con el emperador. El cese de hostilidades era mutuamente beneficioso para los complotados, pero no pasó de ser una mera promesa cuando Alp Arslan descubrió la maniobra. Volvió pues a prevalecer la opción de la guerra, tanto más por cuanto en Constantinopla se negaron a entregar al príncipe traidor.

### **Los preparativos para la campaña de 1071.**

Lejos de emular aquél ejército victorioso que siguiera a Belisario en África e Italia, la hueste que Romano empezó a reunir en 1071 para acometer su siguiente expedición poseía cualidades diametralmente opuestas. El armazón sobre el que la misma se sustentaba volvió a erigirse, como en las empresas anteriores, sobre los escuadrones de catafractas, pesados y poco versátiles. Dotadas de escudo, casco y coraza escamada, y provistas de espada y arco, las catafractas también se valían del estribo, incorporado hacia el siglo VI, para aprovechar la sinergia de su movilidad en las cargas frontales. En este caso, la lanza era el arma ofensiva ideal para acometerlas ya sea contra formaciones cerradas de infantería o núcleos de caballería. El desarrollo de los cuerpos de caballería pesada se había ido perfeccionando a lo largo de los años y en las postrimerías del siglo X sus integrantes eran griegos nativos en su gran mayoría, verdaderos profesionales que debían someterse diariamente a largas horas de adiestramiento (como los legionarios de antaño). Los tágmatas eran la elite de la caballería pesada (y de la infantería) y, por lo general, poseían sus bases de adiestramiento cerca de Constantinopla.

Junto a las catafractas, la caballería ligera hacía las veces de fuerza complementaria, generalmente de apoyo. Los jinetes que la conformaban, mercenarios de origen turco en su gran mayoría, portaban una cota de malla liviana, escudo, un arco compuesto y una aljaba con treinta o cuarenta flechas. Para los enfrentamientos cuerpo a cuerpo se valían además de una pequeña aunque eficaz hacha. En 1071, durante los preparativos, Romano acudió a sus vasallos pechenegos, cumanos y uzos; ellos conformarían el nervio central de la caballería ligera y, por tanto, serían los encargados de neutralizar el ataque de los arqueros montados selyúcidas. Junto a las catafractas y a los jinetes pechenegos, uzos y cumanos, había también regimientos de caballería integrados en su totalidad por mercenarios normandos (cuya eficacia los bizantinos habían conocido en Italia), alemanes y francos. En conjunto era una fuerza temible, de probada efectividad, aunque la experiencia indicaba que, al igual que los turcos de las

estepas del Norte, estos grupos foráneos solían recurrir a la traición cuando las ventajas pecuniarias que obtenían por este medio superaban con creces (y no tanto) la paga del emperador. Los bizantinos habían descubierto además que peleaban mejor bajo las órdenes de un lugarteniente de su misma nacionalidad, lo que los hacía doblemente peligrosos en términos de lealtad, cosa que había quedado patente con Hervé y Crispín.

La infantería, por su parte, distaba mucho de ser aquél cuerpo legionario, homogéneo e híper profesionalizado, de los tiempos de Julio Cesar, Trajano o Marco Aurelio. Las reformas implementadas desde el siglo VII la habían supeditado a la organización y a las necesidades de los *themas* recientemente instaurados. Integrada por los *estratiotas* o soldados campesinos, ocupaba un papel secundario en el campo de batalla, formando en segunda línea, tras la caballería pesada. Su misión consistía precisamente en abalanzarse sobre las líneas enemigas una vez que éstas eran perforadas por los jinetes acorazados. Después de la muerte de Basilio II, el encumbramiento de los terratenientes, la indiferencia de los burócratas civiles y el elevado coste del equipamiento, determinado por una inflación creciente, habían ocasionado su debacle. Con el aditamento de que, para esta nueva campaña, Romano dependía cada vez más de los mercenarios extranjeros: rusos, servios, armenios, jázaros, alanos y georgianos. Mejor pagados inclusive que los *tágmatas*, la guardia varega, el célebre cuerpo instituido por Basilio II, también aportaría su grano de arena en la campaña de 1071 (todavía hoy los historiadores siguen debatiendo al respecto: mientras que algunos niegan enfáticamente su participación total o parcial en la campaña, otros, en cambio, sostienen lo contrario), siendo tal vez el contingente más homogéneo y confiable entre los tantos que integraban el ejército del basileo.

En cuanto al número de efectivos que conformaba la hueste reunida por Romano, las fuentes no se ponen de acuerdo al respecto. Aquéllas que proceden del bando victorioso tienden a insuflar el número a los efectos de sobredimensionar un resultado de por sí concluyente: 200.000, 300.000 y hasta 400.000 soldados, una cifra imposible de reunir para un Imperio en franco proceso de decantación y retroceso; lo único que consiguen con ello es el efecto contrario dado que, al mismo tiempo, minimizan la magnitud de las fuerzas selyúcidas. El monje y cronista armenio Mateo de Edesa, por su parte, aventura el increíble cálculo de 1.000.000 de hombres, agregando búlgaros, godos y crimeanos al largo listado de reclutas de la Babel bizantina. Tal vez lo más adecuado sería quitar un cero a las cifras de los historiadores musulmanes para llegar al número probable de efectivos: 30.000, 40.000 o 50.000 incluyendo los no combatientes: ingenieros, zapadores, escuchas, sirvientes, forrajeadores... Pero, ¿cuántos eran griegos de nacimiento? A juzgar por el grado evidente de descomposición del viejo sistema de *themas* que había dado al Imperio sus mejores días de gloria no parece descabellado arriesgar un porcentaje ubicado en el orden del 30 al 40% (entre combatientes y no combatientes). Una cifra que sigue siendo respetable sino fuera por que el grado de preparación y adiestramiento dejaba mucho que desear: la gran mayoría de los soldados nativos no disponía de un equipamiento adecuado, se caracterizaba además por la falta de disciplina y tenía poco en común con aquellos guerreros que habían integrado las clásicas formaciones de los siglos VII, VIII, IX y X (*bandas*, *turmai*, y *themai*).

**La expedición se pone en marcha.**

Cuando los preparativos para la campaña estuvieron listos, Romano comenzó a concentrar sus fuerzas en la orilla asiática del Bósforo. Habían acudido a su campamento los contingentes comprometidos por las naciones vasallas y los estados aliados, además de las tropas mercenarias conformadas casi en su totalidad por jinetes normandos, germanos y francos. Siguiendo al basileo también llegaron las tropas nativas conformadas por la infantería (*Numeri*) y la caballería de los tágmatas (*Vigla*, *Etairia*, *Excubitores* y *Scolas*), la guardia varega y los regimientos thematicos. Los refuerzos provistos por los themas asiáticos, por su parte, se irían sumando a medida que el gran ejército fuese avanzando hacia el Este. Sin embargo, el basileo no dio el orden de partida hasta estar completamente seguro de que casi todos sus adversarios políticos le acompañarían en la empresa. A su llamado acudieron, entre otros, el magíster y duque de Teodosiópolis Nicéforo Basilacio, los generales Nicéforo Brienio y José Tarchaniotes, el patricio, juez y procónsul Miguel Atalates, el comandante normando Roussel de Bailleul, el Domésticos Andrónico Ducas, el estratego del thema de Capadocia Teodoro Alyattes y el caudillo uzo Tames o Tamis. Nicéforo Botaniates y Miguel Psellos, entretanto, permanecieron en Constantinopla. El emperador desconfiaba de ellos y temía que le causasen contratiempos en el fragor de la lucha o que malquistaran a sus hombres en plena travesía.

El 31 de marzo de 1071 el ejército imperial se puso finalmente en movimiento por la ruta que, saliendo de Nicomedia, cruzaba los themas de Bucelarios, Capadocia y Carsiano. Al decir de Psellos, no obstante, parece ser que la formación en algún momento alcanzó Cesarea Mazacha, a orillas del Halys: *“como acostumbraba a hacer en todos los asuntos, ya fuesen civiles o militares, no solicitó a nadie su opinión sobre cómo actuar, sino que, poniéndose en marcha enseguida, se apresuró a llegar a Cesarea con el ejército”* (*Cronografía*, pág. 446). El objetivo de Romano era sin ninguna duda recuperar el control del valle del Araxes (Armenia), por dónde precisamente los selyúcidas solían ingresar al territorio imperial para luego dispersarse por el corazón de Anatolia. El basileo había sido advertido, además, de que el sultán se hallaba luchando en Siria contra la guarnición fatimita que custodiaba la estratégica ciudad de Alepo. Su ausencia era una ventaja que hasta el estadista más bisoño no se podía dar el lujo de desaprovechar. Inclusive antes de salir el emperador había tomado la precaución de enviar una embajada a Alp Arslan para renovar los términos de un acuerdo de paz que ambos habían firmado en 1069. Gracias al ardid los bizantinos consiguieron salvar Edesa, a la que los turcos habían puesto sitio, mientras que el sultán, con su retaguardia protegida por el pacto, se sintió confiado para probar suerte en los territorios meridionales que pertenecían al califa de El Cairo.

Desde Cesarea, Romano condujo a su hueste siguiendo el curso del Halys, hasta Sebastea (Sivas) y desde allí, hasta Teodosiópolis (Erzurum). En esta ciudad los bizantinos se tomaron el tiempo necesario para recoger provisiones. Sabían que el camino que tenían por delante cruzaba un territorio áspero y difícil, una región que hacía largo tiempo, casi veinte años, venía padeciendo el infortunio de la guerra: pillajes, saqueos y matanzas.

Psellos, ausente en la empresa, vuelve a estas alturas a incurrir en contradicciones: *“Luego tuvo dudas acerca de si avanzar o no y buscaba un pretexto que tanto a él mismo como a los demás les permitiera justificar el regreso. Pero como no era capaz de soportar esta vergüenza, a pesar de que habría sido preciso firmar la paz con los enemigos y contener así sus ataques anuales, él, bien porque considerase la situación*

*desesperada, bien porque confiase más de lo debido en su audacia, sin darse la vuelta marchó contra los enemigos” (Cronografía, pág. 446). Para agregar más adelante: “... pues no quería la paz (Romano) sino que creía que podría tomar al primer asalto el campamento enemigo” (Cronografía, pág. 447). El hábil y versátil primer ministro no vacila, pues, en insistir con su estratagema de manipular la capacidad militar del basileo con tal de sindicarle como el único responsable del gran desastre que estaba a punto de sobrevenir. Una artimaña que por otra parte tenía como objetivo limpiar la lastimosa imagen que dejarían sus “hijos predilectos”, los Ducas, en el campo sangriento de Mantzikert. Tampoco se percata Psellos que una tregua no libraría al Imperio de la ferocidad de los saqueos: aunque Alp Arslan tenía el control directo la mesnada selyúcida, no podía garantizar, sin embargo, que los indóciles turcomanos se ajustaran a las cláusulas pacifistas de un tratado. Ellos seguirían saqueando el campo en tanto y en cuanto sus rebaños tuvieran hambre.*

### **Teodosiópolis, Taron y Vaspurakan. Algunas referencias del entorno.**

Hacia 1071 Mantzikert (Malazgirt) era una fortaleza de mediana importancia que, junto con los bastiones de Arjish y Ahlat (Jilat) conformaban una imaginaria línea defensiva cuyo aparente propósito era proteger la meseta que se abría paso entre la ciudad de Teodosiópolis, al Norte, y las orillas septentrionales del lago Van, al Sur. A lo largo de los siglos había formado parte de una extensión de tierra en permanente disputa primero entre bizantinos y persas, y luego, entre bizantinos y árabes. La consolidación de un poderoso reino armenio (denominado “Gran Armenia”) en la segunda mitad del siglo VIII había determinado la incorporación de la región a esta nueva entidad política que el cristianismo no tardaría en homogeneizar.

En tiempos de Basilio II Bulgaróctonos el otrora poderoso estado de Armenia se había fragmentado en pequeños reinos, algunos de los cuales terminaron sucumbiendo a la influencia de los hamdaníes de Alepo: el emirato de Kaysid, los pequeños principados de Mascatsont, Kangark, Kotayk, Varaznunik, Tasir, Sirak, Mazaz, Bagrevand, Havunik, (emplazados entre Kars y Lorí) y los reinos de Vaspurakan, Kars y Lorí (la Armenia Bagrátida). A esta época corresponde la frontera en común emplazada entre tales estados y los *themas* griegos de Caldea, Colonea y Mesopotamia. Y si bien a la muerte de Basilio II habían surgido nuevos *themas* en Oriente con el fin de circunscribir las provincias recientemente anexionadas (Teodosiópolis, Taron y Vaspurakan), la flamante frontera había traído al Imperio más desventajas que beneficios: desde una población mayoritariamente armenia que no se resignaba a la dominación griega hasta una Iglesia autónoma que se resistía a permitir las injerencias de la jerarquía clerical ortodoxa. El bastión armenio era apenas una puerta desvencijada cuando las primeras bandas selyúcidas arremetieron contra el valle del Araxes.

Ubicada a unos 1050 kilómetros al este de Constantinopla, Teodosiópolis, hoy Erzurum, era en 1071 la capital del *thema* homónimo, dirigido a la sazón por un competente general, Nicéforo Basilacio. La ciudad, sin ser muy grande, constituía junto con Colonea, Tefrica, Melitene, Sebastea, Trebizonda y Erzincan, uno de los mayores centros urbanos de la región. Emplazada a orillas del Karasu, un afluente del Eufrates, Teodosiópolis era la llave occidental del valle del Araxes; una meseta surcada en forma diagonal por cordones montañosos irregulares la separaba de las fortalezas de Mantzikert, Ahlat y Arjish. El camino serpenteaba entre cerros de picos nevados que



iban desde los 2000 hasta los 4000 metros de altura, por un territorio agreste y especialmente duro durante la canícula del estío. Ciento cincuenta kilómetros al sudeste de Teodosiópolis, Mantzikert o Malazgirt se hallaba edificada a unos 1500 metros sobre el nivel del mar, cerca de las riberas del Murat, otro de los tantos afluentes del Eufrates. Flanqueada por montañas, el terreno de Mantzikert juntaba la humedad de los valles cercanos lo que hacía que el clima fuera allí un poco más moderado que el de las tierras altas de las inmediaciones. Sin embargo, su ubicación mediterránea por excelencia se hacía notar a través de la amplitud térmica, con temperaturas mínimas y máximas que en épocas estivales saltaban entre los diez y los treinta grados Celsius (50 y 86 Fahrenheit) respectivamente. Hacia el sur otra cadena montañosa separaba la comarca de Mantzikert de las riberas septentrionales del lago Van, dónde se hallaban las mayores ciudades de la región: Van, al Este, y Ahlat, al Oeste.

A mediados de 1071 todos los centros urbanos de la provincia se encontraban en manos de los selyúcidas, mientras que el campo era tierra de los nómades turcomanos y de sus rebaños. Existía todavía una población armenia considerable, aunque una gran parte había sido trasladada a Sebastea, Cesarea y Melitene. El plan que había pergeñado el basileo para restablecer la dominación bizantina era sencillo: aprovechar la distracción de Alp Arslan en Siria para expulsar las guarniciones turcas que el sultán había dejado en las fortalezas armenias. Sus servicios de espionaje y algunos renegados armenios le habían avisado que dichas guarniciones eran numéricamente pobres, por lo que el emperador tenía puestas las mejores expectativas en esta tercera y decisiva campaña.

### **El juego del gato y el ratón.**

En Teodosiópolis, adonde llegó a principios de julio, Romano IV se procuró provisiones para dos meses de campaña pues estaba al tanto de que la región que tenía delante había sido esquilada hasta los cimientos por los algareros selyúcidas. De acuerdo al plan que se había trazado oportunamente en Constantinopla, la etapa venidera estaba entre las más difíciles del largo viaje: el gran ejército debía virar hacia el sudeste, en dirección al lago Van, y, atravesando una serie de cadenas montañosas cortadas por amplios valles, aparecer ante las murallas de la fortaleza de Mantzikert. Los pesados vagones con la maquinaria de asedio, las provisiones, el agua y el forraje para los animales harían la marcha aún más complicada que lo acostumbrado. Acorde con las fuentes árabes (Fath ibn Alí al-Bundari e Ibn al-Jawzi), junto al ejército imperial viajaba un enorme trabuco capaz de arrojar piedras de hasta noventa y seis kilogramos. Este y aquél que había fabricado Basilio II para sus campañas asiáticas habrían de constituir por lejos la mejor artillería pesada del siglo XI. Romano pensaba utilizar el descomunal trabuco para intimidar las guarniciones turcas que controlaban las fortalezas de Armenia, entre ellas Mantzikert y Arjish. Las mismas fuentes dan cuenta de cientos de vagones usados para transportar las partes de la enorme maquinaria, empujados por no menos de mil doscientos hombres, quienes también tuvieron que vérselas con una tonelada y media de proyectiles (alrededor de quince grandes piedras). Alp Arslan, entretanto, tenía en su poder el pedrero de Basilio II, que su pariente, Tugril Beg Muhammad ya había empleado en 1054 contra Mantzikert, luego de apoderarse de él en la ciudad de Bitlis (Mateo de Edesa, *Patmut`iwn*, Jerusalén, 1869, 142-145), no muy lejos de aquella fortaleza. No obstante, ninguna fuente da cuenta de dónde se hallaba el mismo en los albores de la batalla.

Especulando con que el sultán, empantanado en el sitio de Alepo, no aplazaría su campaña siria para defender Armenia, Romano se apresuró a avanzar con sus tropas desde Teodosiópolis. Pronto su optimismo se vio reforzado por una misiva que le enviaba el protovestiario León Diabatenos, según la cual Alp Arslan, alarmado por el tamaño de la armada bizantina, se había evadido hacia Bagdad. En consecuencia, el basileo creyó oportuno dividir sus fuerzas para precipitar la reconquista de Armenia pese a la oposición de algunos de sus mejores generales<sup>13</sup>, para quienes la mejor opción era permanecer unidos cerca de Teodosiópolis y en control de las provisiones. Así, pues, un destacamento al mando del normano Roussel de Bailleul, integrado por escuadrones auxiliares latinos<sup>14</sup> y turcos, fue despachado para correr la provincia hasta el fuerte de Ahlat. El cuerpo principal, por su parte, tomó la ruta de Mantzikert para sitiar el castillo, emplazado en un terreno repleto de monumentos con inscripciones cuneiformes (procedentes de los lejanos días de Urartu).

No muy lejos de allí, Alp Arslan remontaba el Eufrates aunque no en el sentido que le refiriera León Diabatenos a su señor. Habiendo abandonado el cerco de Alepo, el sultán se había desplazado sin pérdida de tiempo hacia el norte, pasando primero por Mosul para conseguir refuerzos. Su ejército en estas instancias no era muy numeroso; apenas unos diez mil hombres, aunque lograría reclutar otro tanto entre las tribus kurdas de la zona. Apremiado por el avance de su enemigo desechó de plano la idea de internarse hacia el Este para buscar ayuda en Bagdad y el Jurasán. En cambio, resolvió despachar a su lugarteniente, un turco llamado Soundaq, al frente de un regimiento de 5000 hombres para auxiliar a la guarnición de Ahlat, dado que sus espías le habían informado que una segunda fuerza había sido enviada por los cristianos para asistir a Roussel de Bailleul. Se trataba en efecto de José Tarchaniotes con la mitad del ejército imperial: francos y rusos (caballería pesada) y uzos y cumanos (arqueros montados), destinados a acoplarse al destacamento del general normando por expresa indicación del basileo.

### **La captura de Mantzikert.**

Los trabajos de inteligencia desplegados por ambos bandos fueron la característica principal de la antesala de la batalla. En éstos, los turcos se mostraron mucho más prácticos y eficaces que sus oponentes. Y no es que los superaran en habilidad, experiencia o capacidad. La verdadera razón estaba en el exceso de confianza que se había apoderado de los altos mandos del ejército imperial, un exceso imbuido sin lugar a dudas por la falsa noción de invulnerabilidad que daba el enorme tamaño de la hueste reunida por Romano para la campaña<sup>15</sup>.

Las fallas de la inteligencia bizantina se manifestaron tan pronto como los bizantinos dejaron el campamento de Teodosiópolis. Hasta entonces, Romano había seguido a pie juntillas todas las recomendaciones de los manuales de guerra escritos por sus antecesores. Una embajada suya, por ejemplo, se había presentado ante Alp Arslan durante el cerco de Alepo para sembrar el disenso y la confusión entre los selyúcidas a

---

<sup>13</sup> José Tarchaniotes y Nicéforo Brieno.

<sup>14</sup> Francos y normandos en su mayor parte.

<sup>15</sup> Sin lugar a dudas, también tuvo que ver en el exceso de confianza la misiva antes mencionada de León Diabatenos.

través de promesas de paz que ni siquiera estaban en los planes del emperador. Más tarde, en Teodosiópolis, los griegos volvieron a dar otra muestra de excesiva planificación al asegurarse el aprovisionamiento para las siguientes ocho o diez semanas de campaña. Inclusive la correspondencia mantenida por León Diabatenos con el basileo era un indicio de que los imperiales seguían apelando a la inteligencia y al espionaje para determinar los puntos flacos del enemigo antes de entrar en batalla. Sin embargo, después de tomar el camino de Mantzikert, todo cambió dramáticamente en favor de la impericia y la imprevisión. Hasta demasiado tarde Romano no se preocupó por recurrir a su servicio de escuchas, al punto que jamás llegaría a conocer ni el número de enemigos ni su posición exacta. Inclusive antes de que el combate se cobrara las primeras víctimas tampoco sabría el emperador si lo que tenía al frente era una fuerza secundaria, habitualmente empleada para tareas de reconocimiento o distracción, o el cuerpo principal dirigido por el sultán en persona.

A diferencia del basileo, Alp Arslan se aplicó con esmero a las tareas de inteligencia. Había tenido dificultades para reunir un nuevo ejército luego de que el anterior, aquél que emplease en el sitio de Alepo, se desbandara fastidiado por el botín malogrado. Luego del levantamiento del cerco y seguido por una mínima fracción de la fuerza original, unos diez o quince mil hombres, el sultán se dio con que la guerra contra los avezados bizantinos no resultaba tan tentadora para sus subalternos como la atracción ejercida por las riquezas de una ciudad como Alepo. Desde ese mismo instante supo que las mejores posibilidades para compensar su inferioridad numérica estaban en el espionaje y en lo que mejor se podía extraer de él, el factor sorpresa.

La división del ejército imperial, dispuesta por Romano como una manera de acometer mejor el alcance de la campaña, resultó a la larga determinante para el ulterior desarrollo de la batalla. Hacia Ahlat partieron Roussel de Bailleul, primero, y José Tarchaniotes, después, seguidos por un número considerable de efectivos. Y si bien entre éstos últimos había tágmatas, la mayoría eran regimientos mercenarios compuestos principalmente por caballería latina y rusa y arqueros a caballo, en su mayor parte cumanos o uzos. Miguel Psellos se refiere a este hecho de la siguiente manera: “*Su desconocimiento de la estrategia le llevó a dividir nuestras fuerzas y así mantuvo a una parte junto a él y envió al resto a otro lugar*”. Si bien el notable bizantino atinaba identificando a una de las causas de la debacle, no es menos cierto que a Romano lo abandonaron sus lugartenientes en un momento crucial. En efecto, ni Bailleul ni Tarchaniotes mostraron solidaridad para con el emperador al enterarse de lo que estaba sucediendo a escasa distancia de allí. Al menos eso es lo que se puede inferir a partir de las fuentes que se encargaron de registrar la batalla: Atalates en su “*Historia*” se encarga de remarcar que José Tarchaniotes, dejando inconcluso el asedio de Ahlat, se evadió cobardemente hacia el interior de Anatolia llevándose consigo a todos los hombres bajo su mando. En la “*Skylitzes Continuatos*”, la obra que describe la vida de Bizancio entre los años 1057 y 1079 y que se atribuye a Juan Skylitzes, tampoco se deja bien parado al general armenio, a quién además se acusa de convencer a Roussel de Bailleul para emprender juntos la retirada. El cronista y teólogo bizantino Juan Zonaras, por su parte, se refiere al episodio de una manera similar; en su “*Extractos de Historia*” señala que, ni bien conocida la llegada del sultán, ambos generales se pusieron de acuerdo para abandonar Mesopotamia en busca de la seguridad del limes imperial. En todo caso, las coincidencias son abrumadoras: antes de que Romano y Alp Arslan se trenzaran a sablazos en Mantzikert, al primero ya lo habían abandonado la mitad de sus fuerzas.

A principios de agosto, no obstante, la posición del basileo en Armenia comenzó a dar muestras de mejoría. Para entonces el ejército imperial se había plantado delante de los muros de Mantzikert, tras lo cual los ingenieros griegos empezaron a ensamblar la pesada maquinaria de asedio. En el ínterin, antes de que el trabuco vomitara la primera piedra contra los defensores, el emperador autorizó la razzia acostumbrada sobre los alrededores del enclave, mientras él en persona inspeccionaba a caballo sus paredes para hallar los puntos débiles. Con todo, no hizo falta esforzarse demasiado para reducir a la guarnición. Una decidida carga ejecutada por los mercenarios armenios contra la acrópolis decidió la suerte de la jornada. Superada ampliamente en número y aislada del exterior, la guarnición turca optó por negociar la rendición de la fortaleza a cambio de un salvoconducto (16 de agosto de 1071). Con respecto a este incidente, Ataliates describe consternado la conducta temeraria demostrada por el emperador frente a los selyúcidas, que acudieron a verle con sus venablos y espadas en mano mientras él permanecía desarmado. En la tienda imperial la delegación musulmana fue colmada de honores y regalos y dejada en libertad de acción para retornar, sana y salva, donde sus compatriotas. Con las actividades de espionaje reducidas a su mínima expresión, los bizantinos no sabían aún que Alp Arslan se hallaba apenas a un par de jornadas de distancia, al otro lado del lago Van. Tampoco tenían noción de que la fuerza comandada por Roussel de Bailleul y José Tarchaniotes estaba replegándose dentro del territorio imperial sin haber prácticamente arrojado una flecha. Otra habría sido su actitud si hubieran estado al tanto de los acontecimientos que tenían lugar no muy lejos de allí.

### **Brieno es herido y Basilacio tomado prisionero.**

Tras la conquista de Mantzikert se tornó imperioso para los bizantinos reponer la dotación de vituallas que habían ido consumiendo desde la partida de Teodosiópolis, en julio. Los soldados estaban molestos por la prohibición que había establecido Romano de despojar a los turcos de la guarnición y de saquear las pertenencias de la castigada población nativa. Lo último que necesitaba pues el basileo era insuflar aún más los ánimos de quienes le acompañaban con inconvenientes en el suministro regular de provisiones. En consecuencia, se conformaron patrullas de forrajeo para recorrer las inmediaciones del lugar, algunas de las cuales llegarían inclusive a alcanzar en su desesperada búsqueda los bordes del reino de Georgia y lugares tan distantes como Ardanuji y Oltis. Los turcos de Soundaq, que componían las avanzadas del ejército del sultán, advirtieron de inmediato las ventajas que les ofrecía la dispersión del enemigo y se separaron en pequeñas bandas para emboscar a los forrajeadores. Fue entonces cuando comenzaron los problemas para Romano.

La noticia de que una de las patrullas había sido atacada cuando regresaba de una misión de reconocimiento encendió la alarma en el campamento imperial. Hasta entonces el basileo había dudado de todos los reportes que le habían acercado sus espías acerca de la real ubicación de la fuerza principal selyúcida. Del mismo modo, tampoco estaba al tanto de los últimos movimientos de Bailleul y Tarchaniotes, a quienes suponía aún acantonados en Ahlat para salvaguardar los accesos occidentales del Lago Van. Por tanto, resolvió encomendar a Nicéforo Brieno la misión de limpiar de turcos los caminos utilizados para forrajear. Acorde con las instrucciones dadas por el emperador, Brieno debía barrer una zona muy extensa, que iba desde el monte Ararat, al Norte, hasta la fortaleza de Arjish, ubicada a orillas del lago Van, al Sur. Romano, en

cambio, no puso el mismo empeño en proteger el distrito que tenía hacia el Oeste (entre Bitlis y Ahlat), al que consideraba erróneamente libre de turcos gracias a la acción de Tarchaniotes y Bailleul.

A poco de internarse hacia el Este, Brienio se dio cuenta de que los ataques turcos no procedían de meros algareros a juzgar por su modus operandi. En realidad se trataba de bandas conformadas por pequeños grupos de arqueros montados, que empleaban senderos paralelos para hostigar a las patrullas bizantinas. Cada una, sin excepción, se valía de una eficiente técnica merced a la cual atraían sobre sí a sus ocasionales perseguidores para luego rodearlos y emboscarlos. El proceso mediante el cual lograban fragmentar a las formaciones enemigas comenzaba con un intercambio de flechas con los arqueros enemigos, que acaba súbitamente tan pronto picaban espuelas simulando una desesperada retirada. Era el momento en que, actuando como inermes señuelos, conseguían apartar a la caballería pesada de la infantería y de los vagones de forraje. En la persecución que tenía lugar entonces los arqueros montados selyúcidas atraían al enemigo hacia un territorio previamente escogido, adónde se consumaba la emboscada. Atribulada por el calor, agotada bajo el peso del metal y extenuada por la alocada carrera, la caballería pesada perseguía a su presa hasta agotar la fuerza de su inercia. Dispersa y sin el menor hálito de energía quedaba a partir de ese momento expuesta a un demoledor contraataque.

Sin poder lidiar con las pequeñas bandas turcas que lo azuzaban sin descanso y sintiéndose impotente para proteger a los forrajeadores, Brienio solicitó refuerzos a Romano. La respuesta del emperador, a juzgar por las palabras de Juan Skylitzes y de Miguel Ataliates, fue precipitada y descortés; el general fue acusado de cobarde y al principio se le negó de plano la ayuda solicitada. Miguel Psellos se refiere de nuevo en este punto a los errores de inteligencia cometidos por el basileo, quien todavía se negaba a aceptar que lo que tenía en frente era la vanguardia del ejército selyúcida. Al respecto el primer ministro bizantino escribe: *“hubo un hecho que aunque a él pasó inadvertido, yo sí advertí entonces: que el sultán en persona, el rey de los persas y los curdos, estaba allí con su ejército y era el responsable de la mayoría de sus éxitos. Pero si alguien le hubiese advertido de su presencia, el emperador no hubiera creído en sus palabras, pues no quería la paz, sino que creía que podría tomar al primer asalto el campamento enemigo”* (Cronografía, pág. 447).

Romano finalmente cambió su decisión y despachó al duque de Teodosiópolis, Nicéforo Basilacio, con una numerosa fuerza, para sostener la posición de Brienio aunque también con el encargo de confirmar los rumores que circulaban en su campamento, según los cuales Alp Arslan en persona se hallaba en la zona. Ante la llegada de Basilacio, Soundaq y sus tropas se retiraron hacia el Sur. En este punto no está del todo claro si las fuerzas combinadas de Brienio y Basilacio establecieron contacto con Soundaq o con el ejército principal turco. Lo cierto es que en la refriega que siguió, Brienio fue herido y su asistente tomado prisionero. La falta de noticias procedentes de Ahlat y el revés sufrido por Brienio finalmente obligaron a Romano a abandonar la seguridad del campamento y salir en busca del enemigo.

### **Alp Arslan propone una incómoda e inoportuna tregua.**



La captura de Basilacio por los turcos despertó ansiedad en Romano. El emperador no tenía idea todavía de que la restante sección de sus tropas, bajo el mando del armenio Tarchaniotes y del normando Roussel de Bailleul, había sufrido un número considerable de bajas a manos de Soundaq y ahora se hallaba en pleno desbande, camino a Melitene. Por tal motivo, se apresuró a salir de su campamento, cerca del fuerte de Mantzikert, y confiado, se internó hacia el Este con el fin de interiorizarse de la situación. La ruta se hallaba flanqueada hacia ambos lados por montañas no muy altas cuyas colinas permitían una visual detallada de la meseta que se encontraba debajo. Sin deseos de exponerse innecesariamente a una emboscada, Romano escaló la ladera de uno de esos montes para otear el horizonte. De momento no descubrió turcos a la distancia, por lo que permaneció allí hasta el crepúsculo, cuando la penumbra le obligó a retornar a sus bases en Mantzikert.

Luego de burlar todos los esfuerzos realizados por Romano para conocer la ubicación geográfica del enemigo, Alp Arslan fue capaz de trasladar sus tiendas a muy escasa distancia de donde se hallaba aquél. Entonces, con la caída del sol, ordenó a sus arqueros disparar contra las carpas del ejército imperial, ataque que se prolongó casi hasta el amanecer. Al salir el sol, Romano, reunido en consejo militar con sus generales, trató de establecer el curso de acción a seguir; algunos de los presentes trataron de convencerle de la necesidad de salir cuanto antes a confrontar al agresor aprovechando la superioridad numérica, mientras que el resto<sup>16</sup> bregaba por aguardar la llegada de Tarchaniotes y Bailleul, cuya confluencia reforzaría aquella ventaja permitiendo cerrar filas contra un enemigo que en el mejor de los casos disponía de no más de treinta mil hombres. Todo era por entonces confusión y ansiedad en el campamento bizantino y nadie acertaba a predecir el siguiente movimiento del enemigo. Por esta razón, la repentina aparición de una embajada con una propuesta de paz remitida por el sultán les dejó boquiabiertos aunque ojiales: una propuesta como esa no podía esconder otra cosa que no fuera una evidente sensación de debilidad.

La tregua solicitada por el sultán no hizo más que convulsionar los ánimos en el campamento cristiano. Y si antes el consejo de guerra había deliberado en torno a la estrategia a seguir ahora se aplicó a considerar las ventajas y desventajas del inesperado ofrecimiento. Es muy probable que, en el debate resultante, se tuvieran en cuenta especialmente las dificultades que se habrían de enfrentar para reunir una nueva hueste si, como el sultán deseaba, se llegaba a dar por finalizada la presente campaña. Por otra parte, como contrapartida, se barajó la posibilidad de aceptar la tregua como una manera de ganar tiempo para permitir el arribo de Tarchaniotes y sus fuerzas. Lo que también conllevaba el riesgo de que Alp Arslan recibiera refuerzos procedentes de Mesopotamia e Irán. Sin mencionar el hecho de que la dilación de la campaña podría traducirse además en una crisis anímica para las tropas cristianas que, para colmo de males, ya mostraban claros síntomas de indisciplina. Fue en definitiva una decisión que, en última instancia, recayó sobre el emperador. La embajada selyúcida fue convocada en la tienda imperial donde recibió una desdeñosa contestación: Romano y Alp Arslan se verían las caras en el campo de batalla.

Al día siguiente, 18 de agosto, mientras los selyúcidas se aprestaban a la oración y a celebrar el próximo Sabbath, los griegos afrontaron los preparativos entre desilusiones y lamentos. Y no era para menos; con el transcurso de las horas se confirmaron las

---

<sup>16</sup> Entre ellos el propio emperador.

peores sospechas acerca de lo que realmente había acontecido con las tropas enviadas para ocupar Ahlat, si bien Romano se siguió aferrando a la esperanza de que Tarchaniotes no se hallaba muy lejos de allí. Y si el desconcierto por la actitud del general armenio cayó como un balde de agua helada en el campamento griego, no fue menor el estupor que causó la noticia de que los cumanos, a instancia de Tames, se habían pasado como un solo hombre al enemigo<sup>17</sup>. Quizá fueron las soldadas adeudadas o el mayor apego que sentían los mercenarios cumanos respecto a sus parientes selyúcidas lo que determinó el deplorable comportamiento de tan volátiles aliados; lo cierto es que la decisión de Tames se produjo justo cuando Alp Arslan recibía refuerzos de las guarniciones de Ahlat, Arjish y Van, y de las poblaciones kurdas cercanas al Lago Urmia.

### **Romano forma a sus tropas en orden de batalla.**

Hasta el 18 de agosto la idea de Romano IV había sido establecer contacto con el enemigo en un combate cuerpo a cuerpo dónde sus tropas, provistas de mejores defensas y numéricamente superiores al adversario, tenían mejores posibilidades de vencer. Sin embargo, en los días previos, la gran fuerza griega se había separado por lo que resultaba indispensable volver a reunirla para que una de las premisas de dicho plan, la ventaja numérica, se cumpliera. Hasta último momento las patrullas de escuchas bizantinas recorrieron las inmediaciones de Ahlat para dar con el paradero de José Tarchaniotes y Roussel de Bailleul. Todos sus esfuerzos fueron en vano.

En la mañana del viernes 19 de agosto, advirtiéndole que su campamento había sido cercado por el ejército del sultán, Romano decidió no esperar más y dar batalla, aunque siguió aferrado a la esperanza de que aquéllos todavía acudirían en su ayuda. Abandonó pues el perímetro fortificado de sus tiendas y en un punto al este de Mantzikert formó a sus hombres en dos líneas. Lamentablemente para su causa, el terreno escogido era una trampa mortal: abierta y sin obstáculos naturales de relevancia, la planicie constituía el escenario ideal donde los turcos podían echar mano a su táctica predilecta de huidas fingidas y contraataques demolidores.

Cerca del mediodía, la primera línea bizantina compuesta exclusivamente por caballería pesada, tomó posiciones en la campiña: a la izquierda se formaron los contingentes provistos por los *themas* occidentales, en su mayoría griegos procedentes de Macedonia, Tracia y Tesalia, además de escuadrones suministrados por los príncipes eslavos vasallos. En el otro extremo de la línea, el estratega del *thema* de Capadocia, Teodoro Alyattes, debía coordinar los movimientos de una división integrada por caballería de los *themas* asiáticos de Armenia, Carsiano y Capadocia, aunque también había jinetes armenios y georgianos. Ambas alas fueron reforzadas mediante caballería liviana, pechenega y uza, posiblemente con el fin de neutralizar cualquier maniobra envolvente que pudiera desplegar el enemigo. En el centro, entretanto, Romano en persona se preparó para dirigir a un selecto grupo de combatientes, quince mil soldados aproximadamente, suministrados por los restantes *themas* asiáticos y por los *tágmatas*. Dada la función primordial de guardia personal que venía desempeñando la guardia varega desde los tiempos de Basilio II, es muy probable que ésta marchara a la zaga del emperador para protegerle durante el fragor de la lucha. Detrás de la caballería pesada

---

<sup>17</sup> La desertión de Tames y sus tropas es registrada tanto por Juan Skylitzes como por Miguel Ataliates.

se formó la segunda línea, haciendo las veces de reserva: soldados de infantería, jinetes francos y normandos, y la mayor parte de la *Etairia*, conformada por mercenarios. El poco fiable Andrónico Ducas fue elegido para comandarla con la asistencia de numerosos integrantes de la nobleza capitalina. A sus espaldas, el campamento quedó a cargo de unos pocos oficiales, que debían velar por la seguridad de los heridos y convalecientes que habían dejado los enfrentamientos de los días anteriores.

A diferencia de Romano, Alp Arslan se estableció en una colina cercana, para observar la batalla desde lo alto. Sus tropas no representaban un serio desafío para los acorazados bizantinos en el combate cuerpo a cuerpo, pero él no se mostraba preocupado. Había instruido a sus lugartenientes de no aventurarse a un enfrentamiento de esas características y sabía por experiencia que en la movilidad de sus jinetes se encontraba su mayor ventaja. Quizá por eso se mantuvo tranquilo y confiado, pese a que debajo sus súbditos se formaban paralelamente a la vanguardia imperial, como si fuesen a amortiguar con su estoicismo la carga frontal de la caballería cristiana.

### **“Aquél terrible día”: la batalla de Mantzikert. Primera fase.**

Bajo el sol canicular los arqueros montados selyúcidas, guiados por el eunuco Taranges, dieron inicio a la batalla con una descarga interminable de flechas que agujoneó a hombres y bestias por igual en el lado romano. El ataque fue respondido desde los flancos por los aliados turcos del emperador, aunque su inferioridad numérica resultó determinante a la hora de medir la efectividad de tal acción. En ese preciso instante el basileo debió advertir el error que había cometido al enviar a su infantería liviana y al grueso de sus arqueros junto con José Tarchaniotes. Los bizantinos permanecieron inmóviles durante algún tiempo, aguardando a que los turcos se acercaran un poco más para tenerlos al alcance de sus lanzas. Pero los arqueros selyúcidas, con buen tino, no se movieron más allá de la distancia prudencial señalada por el rango de tiro de sus arcos. Por fin, harto de ser vapuleado por las saetas musulmanas, Romano dio la orden de avanzar, a lo que el centro de la línea turca replicó retrocediendo con el mismo entusiasmo que ponían sus perseguidores en darles alcance. En lo alto Alp Arslan debió frotarse las manos con confianza, al ver cómo los desprevénidos romanos caían en la trampa.

Cuando Romano y sus caballeros picaron espuelas corriendo detrás del núcleo central de la formación enemiga, no advirtieron que las alas del ejército turco en lugar de retroceder se movían hacia delante. Si tal vez se hubiesen percatado de ello, la reacción instintiva habría sido retrasar inmediatamente los flancos para conformar una cuña contra la media luna envolvente propuesta por el enemigo. Habrían podido con esta maniobra romper las líneas enemigas por el centro sellando la victoria merced a un oportuno despliegue de la reserva a cargo de Andrónico Ducas. Tal movimiento habría persuadido a los selyúcidas de la conveniencia de volver grupas hacia las montañas perimetrales que cerraban el paso hacia el Norte y el Sur. Pero la caballería bizantina mantuvo el paso sin romper la formación lineal. A poco, persiguiendo lo que parecía ser un espejismo que se desvanecía tan pronto como los turcos del centro volvían a retroceder, la vanguardia bizantina fue cercada por los flancos y acribillada a flechazos. Si bien los jinetes acorazados de ambos extremos soportaron con bastante aplomo la estocada turca, muchos perdieron a sus cabalgaduras y quedaron rezagados debido al peso de sus armaduras. Al término de la batalla, la estela de los cadáveres, ya sea que

estuvieren apiñados o dispersos, revelaría la manera en que estos caballeros, privados de sus corceles, habían resuelto terminar sus días, si luchando o dándose a la fuga.

Cada arremetida propuesta por Romano impregnó a la vanguardia bizantina de una inercia que, con el correr de las horas, se fue diluyendo hasta finalmente detenerse en el mismo campamento del sultán. En otras circunstancias, la posesión de las tiendas del enemigo habría significado una victoria incuestionable. Mas este campamento estaba vacío, y lo que era peor, la sed comenzaba a voltear jinetes y animales tanto como los proyectiles turcos, que no cesaban de caer desde todos lados. Comprendiendo lo endeble de su posición y con todas las fuentes de agua cercanas en poder del enemigo, Romano no tuvo más remedio que hacer correr la voz de retirada.

### **“Aquél terrible día”: la batalla de Mantzikert. Segunda fase.**

Lo que sucedió después fue una sucesión de hechos confusos recogidos de manera disímil por las fuentes de la época. Así pues, mientras algunas sostienen que la orden de retirada dada por el emperador fue seguida a pie juntillas por la división central e ignorada por las alas, no tanto por indisciplina sino por fallas en la comunicación, otras afirman que los flancos interpretaron mal dicha orden, confundiéndola con una señal de derrota. En todo caso, los selyúcidas advirtieron el revuelo en la formación griega y presionaron sobre las brechas que comenzaban a aparecer entre el centro, comandado por Romano, y las alas, donde Teodoro Alyattes soportaba la peor parte del ataque. En este punto Alp Arslan decidió que había llegado la hora de jugarse la jornada en un contraataque masivo y envió a 10.000 jinetes de refresco para apoyar a Taranges. La medialuna que antes había ido retrocediendo gradualmente frente a cada arremetida imperial ahora avanzaba a medida que los bizantinos retornaban a su campamento.

Fue tal la intensidad y la virulencia de la persecución que desataron los turcos sobre la vanguardia imperial en retirada que Romano se vio obligado a dar media vuelta para detener lo que amenazaba convertirse en un desbande generalizado. Allí se vio lo mejor de las selectas tropas que guiaba, pese al escarceo de las cabalgaduras y a los estertores que comenzaban a inundar la planicie. A su derecha, mientras tanto, Teodoro Alyattes se debatía con la esperanza de que Andrónico Ducas no tardara en llegar para reforzar el flanco. Nada de ellos sucedió. El comandante de la reserva, puesto en aviso de lo que sucedía más allá del alcance de su visión, resolvió que sería mejor conservar intacta la retaguardia si, como algunos fugitivos aseguraban, Romano había muerto en el campo de batalla<sup>18</sup>. Aunque Mantzikert y la gloria estaban más cerca, en Constantinopla le aguardaba un trono vacío. Volviendo grupas hacia el Oeste, picó espuelas y defeccionó sin que le remordiera la conciencia.

La huida del César tuvo un efecto desolador sobre la moral de aquéllos que, acatando las órdenes del basileo, se habían vuelto para afrontar la carga masiva de Taranges y sus tropas de refresco. Pronto, el espacio vacío dejado por la reserva bizantina en franco repliegue fue ocupado por una nueva línea de jinetes selyúcidas, que acabó encerrando al centro del ejército imperial en un amplio círculo, con Romano en medio del caos de mandobles, proyectiles y estocadas. De uno y otro lado quedaron

---

<sup>18</sup> Es quizá hasta probable que Andrónico Ducas enviara a sus agoreros a hacer esparcir el rumor de que los estandartes imperiales habían caído en manos enemigas y que el emperador yacía muerto en el campo de batalla, para generar mayor confusión.

Brienio y Alyattes, aislados de la columna central, y con sus divisiones separadas en pequeños grupos que acabarían siguiendo el ejemplo de la reserva.

### **“Aquél terrible día”: la batalla de Mantzikert. Tercera y última fase.**

Mientras las alas del ejército bizantino se disgregaban bajo la presión de la caballería turca, la batalla alcanzaba su punto culminante en el centro, con Romano ultimando enemigos a diestra y siniestra como un avezado legionario de mil guerras. La valentía del emperador fue inclusive destacada por uno de sus mayores detractores, Miguel Psellos, quien al respecto escribió: *“lo que ocurrió después es algo que no puedo alabar, pero que soy también incapaz de censurar. El emperador asumió en persona todo el peligro. En efecto, si alguien valorase al emperador por ser un guerrero intrépido y arrojado, tendría en ello material suficiente para un encomio. Pero si, por el contrario, considerase que él se expuso a los peligros de manera irreflexiva, a pesar de que habría sido preciso que se mantuviera apartado del frente de acuerdo con la estricta lógica militar por su condición de comandante en jefe del ejército, para dar las oportunas órdenes a sus tropas, encontraría entonces mucho que censurar en su comportamiento. Yo por mi parte estoy con los que lo alaban, no con los que lo censuran”* (Cronografía, pág. 447 y 448).

En cierta manera Psellos parece con este párrafo querer limpiar su conciencia por los hechos que tendrían lugar tiempo después y en los que su opinión jugaría un papel determinante. Tanto más por cuanto a renglón seguido continúa ensalzando la valerosa defensa dirigida por el basileo: *“Así pues, se puso toda su armadura de guerrero y desenvainó su espada contra los enemigos. Diré tal como se lo oí a muchos, que a muchos mató de nuestros enemigos y obligó a los otros a huir”*.

Gracias a Miguel Atalates, que fue el único testigo ocular de la batalla, sabemos que el emperador continuó luchando con fiereza, montado sobre su destretero, y flanqueado por la guardia varega. Cada vez más cercado, hizo un último esfuerzo por reagrupar bajo su égida a aquéllos que habían comenzado a defecionar desde los flancos, donde la resistencia de Brienio y Alyattes había terminado con los comandantes lanzados en una frenética carrera en busca de la salvación. Pero ni siquiera los tágmatas que peleaban a espaldas de los varegos se detuvieron a escuchar sus gritos. Viendo cómo las alas cedían y anticipándose a una posible carnicería, abandonaron toda resistencia y rompieron filas imitando en el desorden a las tropas temáticas. Su frenética retirada abrió algunas brechas entre las líneas turcas, por dónde salieron disparados algunos rezagados.

Acerca de lo que sucedió después, las fuentes se tornan monocordes adoptando una inusual uniformidad para describir los últimos instantes de la batalla. Tanto Miguel Atalates como Brienios, Zonaras, Skylitzes (Skylitzes Continuatos) y el propio Psellos comparten los mismos elogios ante la actitud temeraria demostrada por Romano Diógenes en los momentos previos a su caída en desgracia. *“Atacado por el sultán, el emperador instruyó a sus hombres para que no se rindieran ni mostraran una actitud cobarde. Pelearon así, con bravura, durante largo tiempo... A pesar de estar rodeado, él no se rindió fácilmente; tratándose de un soldado experimentado, luchó valientemente contra sus asaltantes, matando a muchos de ellos, hasta que, cortado en una mano por una espada enemiga, fue obligado a desmontar y seguir peleando a pié”*



(Miguel Atalates, *Historia*, 162 y 163). “*Arengando a sus hombre para no rendirse, peleó con arrojó durante largo tiempo, matando a muchos e impidiendo que le apresaran; herido luego por una espada, fue obligado a desmontar cuando su caballo resultó lesionado y siguió batiéndose en tierra*” (*Skylitzes Continuatos*, 149 y 150). “*Pero después, cuando los que le hacían frente se dieron cuenta de quién era, se vio rodeado por un círculo de enemigos, cayó del caballo al ser herido y fue capturado*” (Miguel Psellos, *Cronografía*, pág. 448). “*Él (Romano) y sus hombres tomaron parte en la batalla y resistieron tanto como pudieron, hasta que la captura de unos y la muerte de otros posibilitaron que fuera rodeado; aún así no se rindió*” (Juan Zonaras, *Extractos de Historia o Epítome*, 18, 14, 19). “*Desenvainó, cargó contra las filas enemigas, mató a muchos y puso en fuga a otros; pero fue herido en una mano y, reconocido y rodeado, acabó capturado cuando su caballo, habiendo recibido el impacto de un proyectil, cayó sobre él. Encadenado, fue conducido ante el sultán*” (Nicéforo Brieno, 117).

Anocheía ya cuando cubierto de sangre y sudor y cargado de cadenas, Romano fue conducido en presencia de Alp Arslan. Nunca antes, ni siquiera durante los gloriosos días del Califato, un emperador romano había padecido semejante escarnio. Y si bien el Imperio había soportado humillantes derrotas en el pasado, jamás había tenido que hincarse de hinojos ante el Islam para implorar por la vida de un basileo.

**Mantzikert.****El Contrasantido de su Significación.****Parte III: Triunfo de los burócratas y senadores.****En presencia del sultán.**

*“Entonces, mientras el emperador de los romanos es conducido hacia el campo enemigo como un prisionero de guerra, nuestro ejército se dispersa. Sólo una pequeña parte escapó, mientras que la mayoría, o bien fueron hechos prisioneros, o bien cayeron bajo las espadas rivales”* (Miguel Psellos, *“Cronografía”*, pág. 448).

En el campo sangriento de Mantzikert Bizancio perdió todo excepto su honor, el que únicamente fue salvado gracias al arrojo y a la valentía de Romano. Pero nada más. Enardecidos por la estupenda victoria y arengados por los imanes, los turcos se dispersaron por la comarca persiguiendo la larga estela de fugitivos que tomaba el sendero de Melitene. Entretanto, el basileo y algunos de sus oficiales eran conducidos al campamento de Alp Arslan para ser presentados en tanto que curiosas e inesperadas preseas ante el sultán. Miguel Ataliates da cuenta en su *“Historia”* que el sultán, reacio aún a tomar por cierto el rumor de la cautividad del emperador quiso estar seguro de la verdadera identidad de su prisionero, la que finalmente pudo ser confirmada por los embajadores que dos días antes habían visitado el campamento cristiano para solicitar una tregua. Entonces, saltando a los pies de Romano, el potentado musulmán se apresuró a calmarle diciéndole que no debía temer por su vida y asegurándole que sería tratado con todos los honores, acorde a lo que dictaba su rango. La Skylitzes Continuatos refiere, en cambio, una versión diferente respecto al proceso de identificación del prisionero. Según dicha fuente fue otro cautivo, Nicéforo Basilacio, quien tuvo a su cargo la indigna tarea de reconocer a su señor ante la algarabía de los presentes, aunque también menciona el episodio de los embajadores turcos tal cual lo hace Ataliates en su *“Historia”*. Con todo, Romano tuvo aún su momento de gloria personal cuando, interpelado por el sultán en persona acerca de cuál habría sido su reacción de haber salido airoso en la batalla, el basileo respondió orgulloso que le hubiese matado en el fragor de la lucha.

Una vez que se hubieron calmado los ánimos y luego de que la euforia inicial diera paso a la cordura, Alp Arslan invitó a Romano a su tienda para iniciar las negociaciones. No estaba en los planes del sultán explotar su gran triunfo ya que tenía la intención de partir cuanto antes hacia el Sur, dónde le aguardaban las riquezas de Egipto<sup>19</sup>. Fue tal vez por ese motivo que las conversaciones de paz se realizaron en un ambiente cordial y distendido.

**Balance de la batalla. Una consideración acerca del número de bajas.**

Mantzikert fue sin lugar a dudas uno de las victorias más espectaculares obtenidas por las armas del Islam frente a Bizancio, y, excluyendo a Yarmuk y a la batalla por Constantinopla (mayo de 1453), podríamos aseverar también que se trató de uno de los

---

<sup>19</sup> Para el sultán selyúcida el estado chiíta de Egipto regido por los califas fatimíes resultaba un objetivo mucho más tentador, no tanto por que fuera más rico o débil, sino por que eran contrarios a la fe sunní que él profesaba. Y entre sus principales metas estaba precisamente la unificación del mundo islámico.

triumfos más decisivos. ¿Qué errores cometieron los romanos para sufrir tan espantoso descalabro a manos de un ejército que en los papeles no parecía superior ni cuantitativa ni cualitativamente? ¿Cuáles fueron las fallas que condujeron a Romano hacia el umbral de una catástrofe que pudo ser evitada? ¿Hasta qué punto los turcos selyúcidas fueron artífices de la victoria y cuánto tuvieron que ver en ella las traiciones y defecciones acaecidas en el bando imperial? ¿En qué punto de la campaña sintieron los bizantinos que Mantzikert empezaba a transformarse en una espina clavada en la carne? ¿Cómo o de qué manera Romano podría haber neutralizado la medialuna envolvente propuesta por el enemigo en el campo de batalla? ¿Estuvo el basileo a la altura de las circunstancias en la elección de los mandos militares? ¿Cuáles fueron las razones que le llevaron a elegir a Andrónico Ducas para comandar la reserva mientras dejaba en Constantinopla a un militar de mayor experiencia como era Nicéforo Botaniates? ¿Porqué uno de los enemigos declarados de Romano, Miguel Psellos, permaneció en la capital imperial cuando habría sido aconsejable llevarle a Oriente tal como había sucedido en las dos campañas previas? ¿Tanto era el optimismo del basileo que ni siquiera se adoptaron medidas para prevenir un golpe de estado en Constantinopla? ¿Si Romano era la auténtica expresión de triunfo del partido militar frente a la aristocracia civil a la vez que garantía de continuidad, entonces como se explica que los burócratas recuperaran el control durante la ausencia y posterior cautividad del emperador? Todos estos interrogantes y aquéllos que pudieran ir surgiendo a partir de un estudio más detallado explican en cierta forma la trascendencia asignada a Mantzikert por uno y otro bando. Nos limitaremos en esta sección a una consideración primaria: las pérdidas humanas<sup>20</sup>.

En un análisis de las consecuencias inmediatas de la batalla no se debe pasar por alto el número de bajas sufridas por el ejército imperial si se desea determinar hasta qué punto la derrota afectó la capacidad de reacción de los bizantinos. Con este propósito se hace imperioso establecer como presunción que el contingente que abandonó Teodosiópolis hacia mediados de julio estaba compuesto por aproximadamente sesenta mil hombres, de los cuales poco más de la mitad eran en realidad soldados; el resto, como ya se ha señalado oportunamente, era una mezcolanza de criados, sirvientes y advenedizos dedicados a tareas de soporte de la fuerza de choque: acarreadores, armadores, cocineros, mozos de cuadra, palafreneros, bruñidores, ingenieros, armeros y artilleros. Aclarada esta cuestión, habría que determinar después como el número de evadidos afectó la magnitud del ejército imperial desde la salida de Teodosiópolis hasta el desenlace mismo de la batalla. En primer lugar y si hacemos caso de las fuentes, Romano dispuso la separación de su hueste antes de forzar la captura del castillo de Mantzikert; la mitad de sus hombres de armas, asistidos por un porcentaje similar de no combatientes partieron bajo las órdenes de Roussel de Bailleul y José Tarchaniotes con la misión de tomar Ahlat y fortificar sus accesos. Ninguno de ellos retornó para el enfrentamiento decisivo, de modo que hacia el 15 de agosto las tropas griegas acantonadas en el campamento de Mantzikert no superaban las treinta o cuarenta mil almas en el mejor de los casos (incluyendo a los no combatientes).

Por otra parte, en el lapso de tiempo que va desde el 15 al 19 de agosto, las patrullas de forrajeadores despachadas por Romano sufrieron numerosas bajas en cada una de las emboscadas que les tendió el habilidoso Soundaq. Inclusive el contingente

---

<sup>20</sup> El análisis del número de bajas no es un tema menor en este caso, pues a partir de él se puede determinar cuán decisiva pudo resultar la batalla para uno y otro bando (considerando también que los selyúcidas tuvieron las suyas).

destinado por el emperador para conjurar de manera definitiva dicho problema fue vencido y uno de sus comandantes, Nicéforo Basilacio, hecho prisionero. Todo lo cual necesariamente redujo la masa de efectivos disponibles en un par de miles. Con tantas defecciones es muy probable que, al momento de sonar los címbalos y timbales, el ejército imperial apenas superase en número a su adversario. Pero tampoco se puede ser tan categórico al respecto, tanto más por cuanto la noche anterior a la batalla, los aliados cumanos de Tames se pasaron como un solo hombre al enemigo. Veinticinco mil griegos (en total) y treinta mil turcos (contabilizando a los traidores cumanos y a unos cuantos pechenegos y uzos) parecen ser las cifras más realistas de los bandos que intercambiaron golpes en la planicie de Mantzikert.

Así, pues, el número de bajas debe ser estimado a partir de una fuerza sustancialmente inferior a aquella reclutada originalmente, lo que dicho de otra manera significa que treinta mil hombres ya habían defecionado y se hallaban de camino a Constantinopla, sanos y salvos. Luego habría que considerar lo sucedido en el campo de batalla: cómo en determinado momento la reserva (cinco mil o seis mil hombres) se evadió tras la figura de Andrónico Ducas y cómo dicha visión puso fin a la resistencia de las alas (cinco mil soldados cada una) empujando a sus integrantes a una alocada huída. Si estimamos que el centro fue el único segmento que luchó hasta el final (junto con Alyattes en el ala derecha) entonces se hace evidente que el grueso de las bajas se produjo durante la luz crepuscular, cuando Romano intentaba salvar la jornada volviendo a formar a sus hombres de espaldas al campamento imperial. ¿Diez o a lo sumo quince mil bajas? De seguro no más. Lo que nos lleva nuevamente a poner en tela de juicio las aseveraciones de Psellos: *“Entonces, mientras el emperador de los romanos es conducido hacia el campo enemigo como un prisionero de guerra, nuestro ejército se dispersa. Sólo una pequeña parte escapó, mientras que la mayoría, o bien fueron hechos prisioneros, o bien cayeron bajo las espadas rivales”* (Miguel Psellos, *“Cronografía”*, pág. 448). Tal cual parece, al minimizar la cuestión de los evadidos, Psellos pretende por un lado hacer recaer sobre Romano todas las culpas de la tragedia y por el otro, levantar una cortina de humo tras los indignos pasos de Andrónico Ducas.

### **El precio de la liberación.**

Si se asume que la fuerza original reclutada por Romano alcanzaba las sesenta mil almas y que el número de bajas al término de la batalla rondó las diez mil, entonces habría que concluir que Bizancio perdió una sexta parte de su armada. ¿Por qué entonces Mantzikert marcó para siempre la impronta imperial a partir de *“aquél terrible día”*? ¿Cuánto tuvieron que ver en ello las condiciones exigidas por Alp Arslan como contrapartida para la liberación de su valioso prisionero?

A decir verdad las condiciones impuestas por el sultán durante las negociaciones que tuvieron lugar mientras duró la cautividad de Romano fueron por demás benignas<sup>21</sup>. *“La catástrofe de Manzikert pareció leve en un principio teniendo en cuenta sus consecuencias: el basileo firmó con Alp Arslan un tratado por el que se comprometía a pagar un rescate y a devolver los prisioneros turcos, al tiempo que contraía la obligación de proporcionar en el futuro un contingente militar para el ejército de los vencedores. Sin embargo, el imperio quedó libre de pérdidas territoriales”* (Franz

<sup>21</sup> En realidad no se conocen con exactitud las cláusulas del tratado firmado entre ambos potentados.

Georg Maier, “Bizancio”, págs. 228 y 229). Claude Cahen en “El Islam” (I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano), pág. 278, es un poco más general aunque no menos preciso: “El vencedor, Alp Arslan, no aspiraba a la conquista de Asia Menor, donde por falta de cuadros musulmanes corría el peligro de no mantener el dominio sobre sus indisciplinados turcomanos; deseoso de emprender la conquista de Egipto y no creyendo por ahora en una posible destrucción del eterno Imperio romano, deseaba una reconciliación entre los dos Imperios”. Steven Runciman, por su parte, se refiere al tema con las siguientes palabras: “Los turcos sacaron poco provecho inmediato de su victoria. Alp Arslan había conseguido su objetivo. Su flanco estaba ahora seguro, y había alejado el peligro de una alianza bizantino-fatimita. Todo lo que exigió del emperador cautivo fue la evacuación de Armenia y un fuerte rescate por su persona. Después partió para la campaña de Transoxiana, donde murió en 1072. Tampoco su hijo y sucesor, Malik Sha, cuyo imperio se extendía desde el Mediterráneo hasta los límites de China, emprendería la invasión de Asia Menor” (“Historia de las Cruzadas”, tomo I, págs. 74 y 75). Algo muy parecido señala Georg Ostrogorsky en su “Historia del Estado Bizantino”, pág. 337: “Estando cautivo, Romano Diógenes firmó un tratado con los selyúcidas que, a cambio de la promesa de pago de tributos, de un rescate por su persona y de la obligación de proporcionar tropas auxiliares, le devolvía la libertad”.

Sin ánimo de ser reiterativo, sigamos viendo lo que escriben otros autores al respecto, por ejemplo, Johannes Lehmann: “Cuando el emperador Romano fue liberado, poco días después, las condiciones impuestas por los selyúcidas parecieron bastante moderadas: el emperador debía pagar un cuantioso rescate, evacuar la región del lago Van, entregar a todos sus prisioneros y poner tropas a disposición del vencedor. Era lo mínimo que podía esperar el vencido, pero no se le exigió más. Según la letra del tratado Bizancio no perdía ningún territorio, y en el fondo, podían darse por satisfechos” (“Las Cruzadas”, pág. 19).

Joseph M. Walker, “Historia de Bizancio”, pág. 74: “Consiguió librarse mediante un elevado rescate y la promesa de pago de futuros tributos. Alp Arslan no disfrutó mucho de su triunfo pues fue asesinado al año siguiente”.

Warren Treadgold, “Breve Historia de Bizancio”, pág. 205: “El emperador no perdió la cabeza y llegó a un acuerdo con el sultán. Para conseguir la paz y su libertad, Romano accedió a pagar un tributo a los selyúcidas y cederles una franja fronteriza que incluía Manzikert, Antioquia y Edesa. Dadas las circunstancias, el tratado era generoso”.

E. Platagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantrán, “Historia de Bizancio”, pág. 182: “El vencedor, el sultán Alp Arslan, no tuvo en absoluto la intención de establecerse en Asia Menor, pues el verdadero objetivo de este soberano muy ortodoxo era hacer desaparecer el califato herético de los fatimíes de Egipto”.

Alexander Vasiliev, “Historia del Imperio Bizantino”, pág. 237: “Vencedor y vencido negociaron una paz perpetua y un tratado de alianza. Las principales estipulaciones, según nos las ofrecen las fuentes árabes, fueron éstas: Romano Diógenes obtenía la libertad a cambio de un rescate; Bizancio pagaría un importante tributo anual al sultán y devolvería todos los prisioneros turcos”. No obstante, Vasiliev alude a un número de bajas considerable sufridas por los bizantinos en la batalla, pérdida que el historiador debió considerar substancial a juzgar por sus palabras: “La



*batalla de Mantzikert tuvo grandes consecuencias para el Imperio. Aunque según el tratado -cuyas cláusulas no conocemos bien en detalle-, Bizancio no cediera probablemente territorio alguno a Alp Arslan, sus pérdidas eran considerables, ya que el ejército que defendía las fronteras de Asia Menor estaba aniquilado y el Imperio era incapaz de resistir una nueva invasión turca en aquella región”.*

The History Collection. University of Wisconsin Digital Collections. Baldwin, M. W. 1969. Pág. 149: *“No es que Alp Arslan tuviera en mente el desmembramiento del Imperio Bizantino; se había dado por satisfecho demandando tributos y exigiendo la entrega de las grandes ciudades fronterizas... Lo que en realidad el sultán deseaba era una garantía de neutralidad o alianza en su esfuerzo por unificar el mundo islámico, a la vez que la ayuda eventual del basileo contra aquéllos rebeldes que pudiesen refugiarse en territorio bizantino”.*

Emilio Cabrera, *“Historia de Bizancio”*, pág. 216: *“El propio emperador Romano IV Diógenes, que conducía personalmente las tropas, cayó prisionero pero fue liberado por los turcos después de establecer con ellos un acuerdo en el que se contemplaba el pago de un tributo anual, rescate por su persona y otras condiciones no especialmente onerosas”.*

John Julius Norwich, *“Breve Historia de Bizancio”*, pág. 237: *“las condiciones para la paz, fueron clementes y moderadas. El sultán no pidió territorios extensos, sino solo el sometimiento de Mantzikert, Antioquia, Edesa e Hierápolis, junto con una de las hijas del emperador como esposa para uno de sus hijos”.*

Así pues, existe un consenso generalizado entre los historiadores por remarcar la relativa trascendencia de la batalla respecto a la debacle bizantina que tuvo lugar a poco de celebrarse la misma. Pero si Mantzikert por sí misma no constituyó la causa directa y fundamental, entonces ¿adónde hay que buscar las razones del hundimiento imperial?

### **Mantzikert después de Mantzikert.**

Cabizbajos y con la ropa cubierta por la sangre de amigos y enemigos, los fugitivos griegos dejaron el campo de batalla tan pronto como lograron colarse entre las filas de los arqueros montados selyúcidas. La reserva, dirigida por el inefable Andrónico Ducas, se había replegado sin esperarles, de modo que sus probabilidades de evadirse sanos y salvos estaban estrechamente relacionadas con la manera en que abandonaban la planicie. Aquéllos que lo hicieron cabalgando y mejor aún, en grupos compactos y cerrados, lograron rápidamente poner distancia con sus ocasionales perseguidores, que preferían volver grupas en dirección a los fugitivos que iban dispersos y de a pié. Gracias a sus cabalgaduras, Miguel Ataliates y un puñado de senadores y cortesanos consiguieron abrirse paso hacia el Norte y llegar a Trebizonda, dónde más tarde se embarcarían rumbo a Constantinopla. Otros, entretanto, picaron espuelas hacia el corazón de Anatolia, refugiándose algunos en el castillo de Mantzikert mientras que el resto siguió de largo hacia Melitene, Sebastea o Cesárea (Mazacha). Detrás quedaron los elementos más valiosos del ejército imperial: la guardia varega y los regimientos tágmatas que se batieron valerosamente junto al emperador. Al cabo, los varegos, unos quinientos en total, sucumbieron bajo las saetas y los venablos turcos, que también

dieron cuenta de algunos notables como León, un habilidoso espadachín miembro de la nobleza y el protonotario Eustracio Koirosfactes.

La noticia de la derrota llegó a Constantinopla cuando aparecieron en sus embarcaderos los primeros fugitivos procedentes del Este. De inmediato la confusión se apoderó de la corte a medida que los mensajeros entregaban diferentes versiones sobre la suerte corrida por el emperador y sus más altos dignatarios. La atmósfera capitalina pronto se convulsionó especialmente porque nadie podía confirmar la muerte o cautividad de Romano. Fue entonces cuando Mantzikert adquirió ribetes de catástrofe.

Miguel Psellos es quien mejor refleja el clima de caos y consternación que se apoderó de Constantinopla no bien se conocieron los pormenores de la desafortunada batalla: *“Cuando no habían transcurrido aún muchos días, uno de los que habían escapado de la batalla, tomando la delantera, llegó como mensajero a la Ciudad y anunció la catástrofe. Enseguida vino un segundo y a continuación un tercero, al que siguió otro. Traían solo informaciones confusas e interpretaban cada uno a su modo la catástrofe acaecida. Unos anunciaban de hecho la muerte del emperador, otros decían que solo había sido hecho prisionero, otros que lo habían visto herido y caído en tierra, otros finalmente que se lo había conducido encadenado al campamento enemigo. Los acontecimientos fueron valorados en la Ciudad por los consejeros de la corona. La emperatriz (Eudocia) preguntaba qué debía hacerse. A todos les pareció conveniente dejar por el momento de lado al emperador, ya hubiese sido capturado, ya estuviese muerto, y reafirmar en el poder a la emperatriz y a sus hijos”*<sup>22</sup>. Las palabras del influyente funcionario, no obstante, dejan entrever cuáles eran las aspiraciones imperantes en el seno del partido de los burócratas, entre los cuales Psellos se destacaba como uno de los más férreos defensores de los derechos de Eudocia. Nadie mejor que él se había percatado de la inmejorable oportunidad que se presentaba en el horizonte, traída de los pelos por los avatares de la batalla, y que ahora colocaba a los civilistas a un paso de su reivindicación en el poder. Muerto o no, Romano estaba demasiado lejos, tan lejos como desperdigados sus secuaces, de modo que Psellos resolvió jugárselo todo en una sola movida. Usó todas sus influencias para restituir a Eudocia y a su prole en el trono. No tenía idea que Alp Arslan, en un arrebatado de incomprensible indulgencia, liberaría al emperador cautivo sembrando las semillas de la disensión en el seno de la corte griega.

### **El ave negra.**

Apenas terminada la batalla y tras ser identificado entre una compacta masa de ensangrentados y polvorientos prisioneros, el basileo no la pasó nada bien y hasta seguramente debió de temer por su vida. Tanto más por cuanto la reacción inicial del exultante sultán estuvo generada por los altos niveles de adrenalina generados por una batalla que durante largos pasajes se había mantenido con resultado incierto. En este punto las fuentes son contradictorias; mientras algunas ensalzan la relativa compostura del potentado musulmán, otras ponen énfasis en la manera como inicialmente abochornó a su prisionero, obligándole a postrarse y colocando luego un pie sobre su cabeza. A pesar de las asperezas y luego de que se hubieron calmado los ánimos en el campamento turco, Alp Arslan y Romano IV Diógenes hablaron en términos cordiales,

<sup>22</sup> “Cronografía”, págs. 448 y 449.

tratándose mutuamente con el “*afecto de hermanos*” (Miguel Atalíates). Durante la semana siguiente, el emperador se movió libremente entre las tiendas de sus captores, desprovisto de cadenas e invitado con frecuencia a comer en la mesa del sultán. En ese distendido clima finalmente se consumó el acuerdo entre ambos soberanos, cuyas cláusulas ya han sido reseñadas en los párrafos precedentes.

Al cabo, cuando Alp Arslan manifestó su satisfacción por las promesas arrancadas al orgulloso basileo, los prisioneros cristianos recuperaron la libertad. Vestido a la usanza sarracena y acompañado por una escolta musulmana galantemente cedida por aquél, Romano abandonó con presteza la planicie de Mantzikert<sup>23</sup>. Su primera medida fue tomar la calzada de Teodosiópolis, donde pasaría los siguientes dos días recuperándose de las heridas del combate, en especial de aquélla que, producida por el mandoble de una cimitarra, casi le había costado una mano. La estancia en la ciudad no pudo ser más ajetreada. Constantemente desde el Oeste llegaban noticias inquietantes acerca de los hechos que se estaban sucediendo en la capital imperial, rumores que indujeron a la desesperación y la ansiedad entre los partidarios del emperador. Acuciado por la incertidumbre, a Romano no le quedó más remedio que dar la orden de partida. Mientras tanto, en Constantinopla, la excitación había ganado las calles, insuflada por los adversarios de la aristocracia latifundista y alimentada desde la retórica por un Miguel Psellos que, insufrible, parecía no entender lo que el imperio se estaba jugando. Es indudable que al prestigioso funcionario bizantino le interesaba por sobre todas las cosas recuperar la influencia perdida sobre los asuntos estadales, privilegio que había detentado hasta la exaltación al trono de Romano Diógenes. Para hacer valer tal pretensión Psellos necesitaba de manera imperiosa desplazar de su puesto al actual basileo en beneficio de un personaje débil y propenso a la manipulación. Y habrá que convenir que las circunstancias eran harto favorables en ese instante, con Romano tan lejos y el partido militar paralizado por la confusión.

En un principio Miguel Psellos no ofreció resistencia cuando los cortesanos propusieron el gobierno conjunto de Eudocia y Miguel Ducas, su hijo. El notable dignatario griego hubiera preferido en todo caso la regencia de Eudocia en solitario, ya que así habría contado con mejores perspectivas para apropiarse de una tajada de poder. Habitado a laborar desde las sombras, el retorno de un Ducas al trono era una opción que atentaba contra sus ambiciosos planes al concentrar sobre la figura de Miguel (Ducas) toda la atención de la poderosa familia. Psellos se refiere al asunto de la siguiente manera: “*Entonces unos quisieron entregar el poder al joven hijo de la emperatriz para neutralizar por completo a la madre, pero otros pedían que se le devolviera a ella de nuevo todo el gobierno*”. Moviéndose con la cautela de un equilibrista caminando en las alturas, el destacado funcionario apela a una aparente neutralidad para no quedar expuesto a la ira de la dinastía en general y de su gran amigo, el César Juan Ducas, en particular. Con ese fin escribe: “*A mi no me complacía ninguna de las dos propuestas –pues no voy a mentir acerca de mi opinión– sino que prefería que ambos actuasen de consuno, el uno mostrando la debida obediencia hacia la madre y la otra compartiendo con el hijo la administración del estado* (como si a Alp Arslan y a sus secuaces les interesaran los vericuetos de la política bizantina). *Esto mismo es desde luego lo que pensaba el emperador Miguel que coincidía con este propósito. Pero aquéllos que querían apoderarse del imperio e intervenir en los asuntos de gobierno para provecho propio, incitaban a la emperatriz a que asumiese sola el*

<sup>23</sup> Acorde con John Julius Norwich, el sultán, inclusive, tuvo la deferencia de acompañar durante el primer tramo del trayecto a su prisionero (“*Breve Historia de Bizancio*”, pág. 237).

*poder y presionaban al hijo para que se opusiese a su madre* (“Cronografía”, pág. 449).

En el otro extremo del Imperio, entretanto, Romano Diógenes abandonaba Teodosiópolis urgido por los rumores que seguían llegando desde la capital imperial. Deteniéndose solo lo necesario para juntar acólitos, el basileo se internó a continuación en el tema de Armeniakos hasta que, cerca de Colonea, fue alcanzado por el ex catepán de Edesa, Paulo. De boca de su colaborador, Romano se enteró al fin de que Juan Ducas, secundado por Miguel Psellos, había resuelto destituirle en beneficio de su esposa y de su hijastro. Indignado, se volvió entonces hacia la fortaleza de Dokeia, donde levantó su campamento para meditar su siguiente movida.

### **La caída de Eudocia y el encumbramiento de Miguel VII Ducas.**

Los efectivos que consiguieron huir sanos y salvos de Mantzikert se dispersaron por la planicie anatólica siguiendo el derrotero dictaminado por los lazos de lealtad que cada cual había profesado hasta el desenlace de la batalla. Aquéllos que se habían agrupado alrededor de los líderes civilistas, con Andrónico Ducas a la cabeza, retornaron con prontitud a Constantinopla, sabedores de que el siguiente acto del drama tendría lugar en los pasillos palaciegos de la capital. Y como es obvio, ningún Ducas deseaba perderse el circunstancial “convite” que tendría como frutilla del postre la consabida deposición de Diógenes. Por el contrario, los regimientos que respondieron hasta último momento a las órdenes de Romano se fueron congregando en torno a la tienda del basileo, en la campiña de Dokeia, adonde también acudieron algunos contingentes francos y normandos. Más tarde mudarían su base de operaciones a la gran ciudad pónica de Amasea, hoy Amasya, emplazada a orillas del Iris.

En Constantinopla, mientras tanto, el deterioro de la situación se iba devorando alianzas, lealtades, tramas, conjuras y cuanto subterfugio sacaban a luz los complotados. El mismo Psellos, que se había desentendido de la suerte de su antiguo soberano (Romano) con una frialdad sorprendente (llegándole a atribuir la responsabilidad por todos los males y *“la causa última de muchos desastres”*) acabó desbordado por el ritmo vertiginoso de los acontecimientos. Y aquéllos a los que debía aconsejar (o que al menos él creía que le escucharían sin chistar), empezaron pronto a adquirir alas propias. De sus valiosos consejos de otrora, dados a Miguel VII Ducas (1071-1078): *“Puesto que sobre todo, mi querido emperador me presionaba y apremiaba, yo declaré que no se debía acoger ya más a Romano en el imperio, sino que había que deshacerse de él y enviar a todas partes órdenes excluyéndolo del gobierno”*, el destacado funcionario pronto pasó a berrinches y lamentaciones que no eran otra cosa que la manifestación más nítida de la indiferencia de sus pupilos.

A través de Miguel Atalates es posible corroborar la autonomía creciente que iba adquiriendo el César Juan Ducas a la vez que la estrella de Psellos comenzaba a apagarse en tanto que personaje influyente de la corte: *“Habiendo entregado el cetro en las manos de su sobrino (Miguel VII), el César (Juan) empezó a disponer las cosas en la ciudad de la manera que más le convenía. Él atrajo a su causa a los senadores y empezó a honrarlos, mientras se ganaba la simpatía del resto de la población mediante*

*promesas pecuniarias... ”<sup>24</sup>. Al cabo, la influencia de Juan Ducas llegó a ser tan grande que la mismísima emperatriz debió padecer el rigor de la inagotable ambición del César. Miguel Psellos nos refiere dicho suceso apelando intencionalmente a una tangente para no poner en riesgo su propia cabeza: “Estando así las cosas, el emperador Miguel, temiendo por su vida y desconfiando del hijo de Diógenes por su crueldad, adopta sin duda la decisión más segura para su persona y uno diría que la más sensata: se separa de la madre y se emancipa. Tomando entonces como consejeros a sus primos (Andrónico y Constantino), me refiero a los hijos del César, consigue ganarse el apoyo de la guardia de palacio... Mientras aquéllos actuaban de este modo, las personas que estaban con la emperatriz, entre las que me contaba yo mismo, ignorantes como estábamos de lo que sucedía, nos quedamos casi como paralizados pensando que se nos venía encima una catástrofe”<sup>25</sup>. Al cabo, Eudocia fue primero recluida en el convento de La Madre de Dios, en cuya fundación ella misma había colaborado, y poco después obligada a tomar los hábitos monásticos.*

---

<sup>24</sup> “*Historia*”, pág. 167.

<sup>25</sup> “*Cronografía*”, pág. 451.



**Mantzikert.****El Contrasentido de su Significación.****Parte Final: Epílogo, desenlace y conclusión.****La guerra civil.**

Que la Historia de Bizancio, larga y tortuosa, estuvo plagada de episodios de flagrante traición o inquina no es motivo de sorpresa. Sin embargo, a juzgar por los hechos que tuvieron lugar en el campo sangriento de Mantzikert y después, en los pasillos palaciegos de la capital, no cabe duda de que la clase senatorial y burócrata cometió un acto de suprema torpeza, primero, al abandonar al emperador a su suerte en el fragor de la batalla y, segundo, al resolver su destitución. Por boca de Psellos sabemos que, a poco de hacerse cargo del trono, los Ducas, Miguel y Juan, empezaron a adoptar una serie de disposiciones con la intención de consolidar el nuevo gobierno, una de las cuales fue obviamente convocar al ex funcionario de Eudocia, a colaborar con el usurpador: *“No obstante, el emperador, una vez a salvo, se preocupó de mí antes que de ningún otro y envió emisarios a que siguiesen mi rastro y me buscasen por todos los rincones del Palacio”*<sup>26</sup>.

Miguel Ataliates, más solidario en la tragedia y a diferencia de Psellos, aún trata de reivindicar el papel de Romano IV Diógenes, mencionando sus cualidades de guerrero osado y valiente y experto en el arte de la guerra. Está claro que en lo concerniente a Ataliates existe una postura mucho más crítica y reñida con la posición acomodaticia de muchos burócratas que se revela completamente equidistante a la asumida por el otro historiador contemporáneo, Miguel Psellos. Lo que es más, en las páginas 161.18 y 162.1, la *“Historia”* menciona un complot encabezado por el hijo de Juan Ducas, Andrónico, al afirmar que el comandante de la reserva esparció entre sus subordinados el rumor de que Romano había sido vencido para precipitar la derrota de los romeos. Al respecto de la liberación del basileo, el historiador escribe: *“Los rumores de esta noticia me llegaron cuando estaba a poco de abordar una embarcación en Trapezunte (la actual Trabzon)”*<sup>27</sup>. Y es que muchos de los evadidos de la batalla salieron disparados hacia el Norte, rumbo al litoral del Mar Negro, a los fines de llegar lo más pronto posible a Constantinopla, dónde tendría lugar el siguiente acto del drama.

Entretanto, Romano Diógenes seguía reclutando advenedizos en Amasea, con la esperanza de retener el poder merced a un enfrentamiento con el partido civilista encabezado por la familia Ducas. Era obvio que una nueva guerra civil estaba en ciernes. Para entonces el grado de descalabro en las provincias orientales del Imperio había alcanzado tal magnitud, que los emisarios del derrocado basileo iban y venían apropiándose a voluntad de las recaudaciones de impuestos para sufragar la campaña contra los golpistas.

Gracias de nuevo tanto a Psellos como a Ataliates podemos reconstruir por un lado los movimientos del desposeído basileo desde su llegada a la ciudad de Amasea y, por el otro, la secuencia del accionar de sus enemigos civilistas. *“Entonces el emperador confía el mando del ejército al más joven de los hijos del César -Juan Ducas- (se refiere a Constantino, el primo de Miguel)... Una vez que llegó cerca de la*

<sup>26</sup> *“Cronografía”*, pág. 452.

<sup>27</sup> *“Historia”*, pág. 167.3.s.

ciudad en la que Diógenes se había establecido, al principio contuvo al ejército, pero luego empezó a lanzar constantemente proyectiles, a simular ataques y a intentar por todos los medios o tomar la ciudad o forzarle a una salida”<sup>28</sup>. “Decidido a enviar tropas contra Diógenes, comisionó a Constantino, uno de los hijos del César Juan, estratego autócrator de los soldados, y le despachó junto con éste para enfrentar a su rival”<sup>29</sup>. Miguel Atalates sindicó al César Juan como artífice de dicha decisión, en tanto que Miguel Psellos alude al mismísimo emperador. Ya sea que fuese uno o el otro, o ambos a la vez, lo cierto es que en un momento dado el cerco alrededor de Amasea se tornó tan asfixiante que, por fin, Romano IV resolvió salir de su guarida y presentar batalla. Psellos se refiere a los combates con lujo de detalles, les define como muy encarnizados y exalta el valor del general Constantino, quien en un acto de arrojo consiguió perforar las líneas de Romano y separarlas. “A partir de ese momento, parte de nuestros adversarios cayó luchando en combate, parte fue hecha prisionera y solo unos pocos huyeron, el primero Romano Diógenes, que espoleó a su caballo todo cuanto pudo. Esta primer victoria fue el primer episodio que nos infundió ánimos”<sup>30</sup>. Psellos a estas alturas ya se refiere a Romano y sus seguidores como “nuestros adversarios”. Por su parte, Miguel Atalates nos cuenta que en la batalla uno de los vencidos caído en desgracia fue el general de Romano y ex estratego del thema de Capadocia, Teodoro Alyattes: “Habiendo derrotado a las tropas de Diógenes, comandadas por Teodoro Alyattes, que fue capturado y cegado, Constantino Ducas regresó a Constantinopla mientras su ejército era licenciado a causa del invierno”<sup>31</sup>. Entretanto, Romano Diógenes había emprendido la huída con algunos de sus más leales sirvientes y en una fortaleza de Capadocia, Tyropoion, encontró finalmente refugio. Allí fue a rescatarlo un oscuro personaje que él, antaño, había designado gobernador de Antioquía y del que Psellos dice que tuvo la habilidad de mantener en secreto su animadversión hacia el bando civilista: el armenio Catatures o Khacatur.

### **Cilicia, nuevo teatro operacional.**

Aunque la misión encomendada por Miguel Ducas había sido cercar y capturar a Romano en la fortaleza de Tyropoion, Catatures bien pronto se libró de sus órdenes privilegiando su gratitud para con su otrora benefactor (Atalates, “Historia”, pág. 172.1-8). La desertión del funcionario armenio es recogida también en la Skylitzes Continuatos, según la cual Constantino Ducas había solicitado sin resultados la alianza del duque de Antioquia.

Lo que siguió después fue la reorganización de las fuerzas de Romano en los valles y las llanuras de Cilicia, adónde Catatures condujo sano y salvo al basileo desposeído. En tal reorganización el gobernador de Antioquia jugó un papel preponderante suministrando hombres y pertrechos a la causa de Romano. Así, pues, mientras las fuerzas de Miguel Ducas se disgregaban licenciadas por motivos meramente climáticos, Catatures y Romano se entregaron a la tarea de planificar la restauración del orden imperante previo a la batalla de Mantzikert, perdiendo una valiosa oportunidad de sorprender a sus rivales en pleno desbande. Entretanto, no muy lejos de allí, los turcos empezaban a preguntarse sobre los motivos del incumplimiento

<sup>28</sup> “Cronografía”, pág. 453.

<sup>29</sup> “Historia”, pág. 169.20 y 170.1.

<sup>30</sup> “Cronografía”, pág. 454.

<sup>31</sup> “Historia”, pág. 172.19-22.

de las cláusulas firmadas tras la gran victoria de agosto de 1071. La reciente catástrofe de los romanos en las adyacencias del lago van estaba a punto de convertirse en tragedia para el Imperio.

Es aquí cuando Miguel Psellos vuelve a lavar la conciencia del partido civilista con otro oportuno golpe de pluma. En sus propias palabras, Miguel Ducas convocó a su consejo para evaluar los pasos a seguir, surgiendo en el seno de las deliberaciones dos posturas nada conciliatorias entre sí: una que sostenía la necesidad de entablar negociaciones con el basileo depuesto y circunstancialmente resignarle prebendas (léase autoridad o tierras) y la otra, que bregaba literalmente por la eliminación de Romano y sus secuaces. La preeminencia lograda por los partidarios de la paz y que Psellos recoge en su obra con las siguientes palabras resulta hoy tan cínica como cuestionable: *“Las primeras medidas que se tomaron fueron por la paz. El emperador envió una esquila solidaria y clemente, pero Romano...insistió en sus reclamaciones y ni renunció al imperio ni se conformó con pedir una modesta participación en el poder, sino que se mostró arrogante en sus respuestas, aunque quizá en sus propósitos no lo era tanto”*<sup>32</sup>. Y más adelante, casi sin inmutarse, vuelve a la carga con lo mismo: *“Yo lo vi muchas veces llorar por Romano (se refiere al emperador Miguel Ducas) y querer comprar su inmunidad a costa, inclusive, de su propio riesgo. Estaba en efecto unido a este hombre por amistad, tal como decía, y por ciertos pactos que tenía miedo de contravenir”*. La descarada pretensión de mostrar a Miguel Ducas y a los civilistas como dueños de la verdad y del derecho, deslizada con premeditación por Psellos en su obra, no parece más que un ardid por limpiar de culpa y cargo a aquéllos de los hechos que sobrevendrían en los años siguientes. John Julius Norwich se da cuenta de ello al evidenciar la miopía de los burócratas con la siguiente sentencia: *“Sin embargo, la tragedia real no estribó en la batalla misma sino en su epílogo. Si le hubieran permitido a Romano conservar su trono, habría respetado el tratado que había alcanzado con Alp Arslan, quien habría reanudado su expedición contra el Egipto fatimita”* -y por ende, dejado en paz a los bizantinos- (*“Breve Historia de Bizancio”*, pág. 238).

No queda margen para la especulación por que lo que sucedió después, en definitiva, terminó fagocitándose a casi todos los protagonistas con una velocidad vertiginosa. En Constantinopla, Miguel Ducas volvió a costear un nuevo ejército que puso bajo las órdenes de su primo, Andrónico Ducas, el mismo sobre quién se decía, había traicionado a Romano en el fragor del combate, durante Mantzikert. Para cumplir con su cometido, Andrónico se había propuesto dos objetivos: primero, desarticular la red de suministros logísticos y financieros de Romano y su aliado Catatures y, segundo, irrumpir en las llanuras cilicias de improviso, para tomar por sorpresa a sus adversarios. Le acompañaba en esta campaña el normando Roberto Crispín, un antiguo rival de Romano Diógenes y del Imperio, y que ahora se iba a revelar como un elemento de capital importancia para las aspiraciones del bando civilista.

### **El final de Romano Diógenes.**

Tal como lo había planificado, el hijo mayor del César Juan arribó con sus tropas a través de la ruta de Kleisoura de Podandus, por el norte de las Puertas Cilicias. Fue una

---

<sup>32</sup> *“Cronografía”*, pág. 455.

difícil travesía por riscos escarpados y traicioneros precipicios que, no obstante, le permitió ubicarse a espaldas de Romano, a la sazón, acuartelado en la ciudad de Adana. Gracias a Miguel Psellos sabemos que la reacción de Romano no se hizo esperar; mientras el basileo se atrincheraba dentro de la gran ciudad cilicia, un gran ejército “integrado en su gran mayoría por hombres de espíritu intrépido y de cuerpo vigoroso” fue despachado bajo las órdenes de Catatures el armenio para batirse con Andrónico Ducas. En el enfrentamiento que tuvo lugar acto seguido, la participación del normando Roberto Crispín resultó decisiva; el comandante mercenario se jugó la jornada en una arremetida de caballería que acabó por dividir en dos a las fuerzas enemigas y las puso en fuga. La victoria se redondeó con la captura de Catatures el armenio y de su plana mayor, a la que Miguel Psellos se refiere de un modo muy particular en su obra: “Éste, al huir, se había caído del caballo sobre un foso y, según decía, ocultado luego debajo de unos arbustos. Cuando uno de los perseguidores lo descubrió, se abalanzó sobre él para matarlo. Pero como lo vio llorar, le quitó el vestido y se fue dejándolo desnudo bajo los arbustos. Luego otro, al verlo desnudo, se lanzó a su vez sobre él para matarlo, pero él le dijo: si me perdonaras la vida y me condujeras ante este general, -y le indicó su nombre-, te colmará de regalos la mano derecha”<sup>33</sup>.

La derrota de su lugarteniente y principal sustento no dejó muchas opciones a Romano, que pronto fue sitiado en Adana por las fuerzas victoriosas de Andrónico Ducas. O se avenía a negociar o resistía hasta el final en ese remoto punto del imperio, esperando tan solo a que un milagro le liberase de las manos de sus tenaces perseguidores. Y ese milagro radicaba nada menos que en la buena voluntad de sus antiguos vencedores, los turcos selyúcidas, llamados persas por Psellos, y que debían acercarse para ayudarle. Sin embargo otra vez medió la traición como antes lo había hecho en los previos de la batalla de Mantzikert: aquéllos en los que Romano todavía confiaba acabaron por entregarle a sus enemigos una vez que se hubieron asegurado un salvoconducto.

Así, pues, las puertas de Adana fueron abiertas desde dentro y en su interior los sitiadores se encontraron con un hombre desolado que caminaba nerviosamente sin saber qué hacer ni qué decir. Lo que sucedió luego es descrito prácticamente con las mismas palabras tanto por Psellos como por Ataliates, Zonaras y Skylitzes: el desgraciado basileo fue compelido a la renuncia de sus derechos al trono y a la tonsura como condición para salvar su vida. Por fin, encadenado, fue conducido de regreso a Constantinopla.

No bien Romano hubo aceptado su derrota se hizo patente que el bando civilista no cumpliría con las promesas hechas en Adana al vencido. La suma de todos los miedos, para desgracia del desventurado basileo, lamentablemente tomó cada día que la tropa tardó en cubrir la distancia existente entre Adana, en Cilicia, y Cotyaeum, a orillas del Tembris, y que el cautivo debió soportar con estoicismo a lomo de una mula. En este último poblado Romano fue cegado por sus captores (que le reventaron los ojos), pese a la intercesión del obispo de Calcedonia (29 de junio de 1072). Desde Cotyaeum el trayecto final hasta Constantinopla es narrado por Juan Skylitzes con las siguientes palabras: “Transportado sobre una bestia de carga barata como un cadáver en descomposición, con los ojos arrancados y el rostro y la cabeza cubiertos de gusanos,

---

<sup>33</sup> “Cronografía”, pág. 457.

vivió unos cuantos días presa del dolor y rodeado de hedor, hasta que entregó el espíritu, siendo enterrado en la isla de Proti –la más septentrional de las islas de los Príncipes, en el Mar de Mármara–, donde había erigido un monasterio”<sup>34</sup>. Compadeciéndose de la desgraciada suerte corrida por su antiguo compañero de armas, Miguel Ataliates, por su parte, le da un adecuado trasfondo bíblico a los últimos días de Romano: “Tal como Job, dio a todos un extraordinario ejemplo de valor. Aún viéndose sometido a tan arduas pruebas, se erigió como un modelo de valentía para todos y, a pesar de sus incomparables desgracias, no dejó escapar ni un grito de injuria o de cobardía”<sup>35</sup>. Miguel Psellos, a su vez, se refiere a los últimos días de Romano en los siguientes términos: “después que le sacaron los ojos, Diógenes fue conducido al lugar de meditación y retiro que él había fundado en la isla que se llama de Prote, donde después de vivir poco tiempo murió sin haber cumplido cuatro años enteros al frente del Imperio. Miguel fue entonces el dueño incontestable del poder”<sup>36</sup>. Habría que añadir en este punto un comentario cargado de agudeza y brillantemente irónico, imperdible en cualquier caso, que hace John Julius Norwich refiriéndose a Miguel Psellos: “Unos días antes de su muerte en el verano de 1072, Romano recibió una carta de su antiguo enemigo Psellos, en la cual le felicitaba por su buena fortuna al haber perdido los ojos, signo seguro de que el Todopoderoso le había encontrado merecedor de una luz superior. Cuando yacía en su agonía final, este pensamiento debe de haberle reconfortado mucho”<sup>37</sup>.

No se sabe a ciencia cierta quién mando a cegar a Romano IV Diógenes, contraviniendo todas las garantías dadas al desventurado reo en la ciudad cilicia de Adana. Miguel Psellos se apresura a exonerar de culpa y cargo a Miguel Ducas cargando directamente contra su entorno, algo que también proclama Juan Zonaras. Este último va mas lejos aún y, al igual que Brienio y Ataliates, apunta su dedo acusador hacia la figura del César Juan Ducas.

### **De cuando Mantzikert se transformó verdaderamente en desastre.**

Si la miopía del clan Ducas fue la regla, la práctica de misericordia no fue ni siquiera la excepción entre sus miembros. Así, mientras el verdugo conducía por los campos solariegos de Cotyaeum a un desconsolado Romano rumbo a los hierros candentes que habrían de fundirle órbitas y párpados en una guñapo de carne ahumada, en Constantinopla nadie atinaba a adivinar el sombrío panorama que la destitución de Diógenes iba a acarrear sobre el Imperio y más precisamente, sobre sus provincias orientales.

Que Miguel VII Ducas se viera rápidamente libre de la acechanza de su antecesor no significó que el camino quedase allanado para un ejercicio pleno y placentero del gobierno por parte del bando de los burócratas y senadores. Bien pronto, el hijo de Constantino X debió vérselas con otros candidatos que como él, apelaban a las mismas

<sup>34</sup> 4 de agosto de 1072.

<sup>35</sup> “Historia”, pág. 179.15.

<sup>36</sup> “Cronografía”, pág. 459. Psellos además trata de justificar a los verdugos artífices del tormento de Romano aludiendo al temor que sentían las personas del entorno de Miguel VII Ducas de que un exceso de clemencia hacia Diógenes significara luego nuevos problemas al emperador. Traza así una tangente para evitar referirse a la regla tácita establecida desde siempre, que estipulaba de manera literal lo siguiente: “candidato cegado, competidor eliminado”.

<sup>37</sup> “Breve Historia de Bizancio”, pág. 238.



excusas de siempre para justificar su comportamiento golpista. Aunque algunos, tal cual veremos a continuación, llegaron al colmo de los colmos, como el desertor normando Roussel de Bailleul.

Al descalabro de la autoridad imperial que tuvo lugar en Anatolia tras Mantzikert y luego del breve interregno de guerra civil, siguió un período de franca efervescencia caracterizado por las revueltas y el descontrol. En el Este, los selyúcidas y las tribus turcomanas que usualmente les seguían a regular distancia, empezaron a comprender el real estado de cosas imperante allí donde antes habían proliferado los estratiotas bizantinos. Aunque Alp Arslan había fallecido en 1072, los invasores hallaron en la figura de uno de sus primos, Suleimán ibn Kutulmish, a la persona que habría de liderarlos en la conquista de los antiguos *themata* orientales. Pero además de Suleimán había entre los recién llegados otros príncipes menores con ambiciones que no lo eran tanto: Danishmend, Chaka y Menguchek. Con tantos postulantes dispuestos a quedarse con los territorios de Asia Menor, a Miguel VII no le quedó otra alternativa que llamar en su ayuda al poco confiable general Roussel de Bailleul. Y como antes sucediera en Mantzikert con Romano, ahora tendría lugar una nueva y flagrante traición por parte del experimentado normando.

Con el refuerzo de un pequeño contingente bizantino liderado por los hermanos Isaac y Alejo Comneno, Roussel se internó en Capadocia tan solo para declarar allí su independencia y revelar sus verdaderas intenciones, que no eran otras que las de crear un principado al estilo del de sus primos italianos. Corría entonces el año 1073 y no habían pasado más que un puñado de meses desde la muerte de Romano IV, cuando Miguel VII se dio cuenta de que su única oportunidad para neutralizar al general sedicioso dependía de que los invasores turcos le prestaran ayuda militar. Fue un error de cálculo gravísimo por parte de la corte de Constantinopla pensar que el normando era un enemigo mucho más formidable que el selyúcida y turcomano. Una equivocación que pondría literalmente en manos de las principales dignidades de este pueblo recién llegado a todas las ciudades ubicadas al otro lado del Mar Egeo en un brevísimo lapso de tiempo comprendido entre 1074 y 1081. Es en este punto dónde las palabras de John Julius Norwich vuelven a cobrar singular crudeza e inusitada razón: ya las hemos esbozado antes: *“Sin embargo, la tragedia real no estribó en la batalla misma sino en su epílogo. Si le hubieran permitido a Romano conservar su trono, habría respetado el tratado que había alcanzado con Alp Arslan, quien habría reanudado su expedición contra el Egipto fatimita”* -y por ende, dejado en paz a los bizantinos- (*“Breve Historia de Bizancio”*, pág. 238). Solo era cuestión de tiempo para que semejante sucesión de desaciertos y errores se hiciera patente a través de una nueva regresión en los límites territoriales del Imperio.

### **El corolario de Mantzikert.**

Las consecuencias del grave desastre sufrido por los romeos en las adyacencias del lago Van están tan entrelazadas entre sí que es imposible referirse a una de ellas sin mencionar a las demás. Inmediatamente la noticia con el desenlace de la batalla se esparció por Asia Menor y llegó a Constantinopla bajo la forma de rumores en muchos casos contradictorios, que paralizaron primero a la corte aunque muy pronto la opción del derrocamiento pareció llevar todo a su cauce normal. Luego, a medida que las noticias empezaron a ser más claras con la llegada del primer grupo de evadidos, se

comprendió en el palacio imperial que una guerra civil empezaba a tomar forma en el horizonte ya que, tal como se decía, los turcos habían liberado a Romano a cambio de una serie de prerrogativas territoriales y monetarias. Que las nuevas autoridades bizantinas se atragantaran únicamente con la primera parte de dicho estamento viene a convalidar la poca clarividencia de los Ducas en el campo de la política exterior. De haberse respetado los derechos de Diógenes, las costas de la batalla quizá no habrían resultado tan altas para el Imperio. Y una sucesión garantizada con buenos candidatos al trono hasta habría finalmente neutralizado los efectos negativos del enfrentamiento. Pero nada aconteció así.

Por lo pronto, la guerra fratricida desatada entre los romeos tras la liberación de Romano IV Diógenes vino a convalidar lo que en los hechos estaba sucediendo al otro extremo del Imperio: los nómadas turcos que habían ingresado al Imperio en cuenta gotas antes de Mantzikert, ahora no hallaban obstáculos en reclamar pasturas en el mismísimo corazón de Capadocia. Y es que el tratado firmado entre el depuesto basileo y Alp Arslan era para finales de agosto de 1072 tan solo papel mojado. Lo que es más, cuando Miguel Ducas se apresuró a conjurar el peligro que suponía Roussel de Bailleul llamando en su ayuda a Suleimán ibn Kutulmish, una de las condiciones que se apresuró a ofrecer a los turcos fue la cesión formal de todos los territorios ya ocupados por éstos.

Con el paso del tiempo, a la vez que las dotes de administrador efectivo y soldado eficaz nunca tomaban forma bajo la silueta de Miguel VII, la situación en Asia comenzó a tornarse desesperada. Las comunicaciones entre las grandes ciudades estaban cortadas y la autoridad imperial solo se remitía allí donde había una guarnición numerosa para garantizar la gobernabilidad de una gran ciudad. Fue ni más ni menos lo que acontecía en Antioquia, donde gobernaba el general Isaac Comneno y en un puñado de urbes tales como Trebizonda, Nicea, Sínope y Esmirna. Entretanto, en las tierras del interior de la península ya no quedaban trazas de la autoridad del basileo. Como tampoco había ya un ejército regularmente constituido para frenar la oleada de selyúcidas y turcomanos que a diario se infiltraba en los antiguos *themas* orientales.

Al cabo, los urgidos funcionarios de Anatolia comprendieron que su supervivencia no dependía tanto de otros sino de ellos mismos. El primero en rebelarse contra el gobierno central fue Nicéforo Botaniates, al decir de Steven Runciman, motivado en parte por ambición personal y en parte por legítima desesperación ante la incapacidad de Miguel VII. En su camino hacia Constantinopla, el estrategos del *thema* de Anatolikon debió apelar a una mesnada de turcos, parte de los cuales fue dejando en calidad de guarnición allí por donde pasaba, para asegurar su autoridad. Fue el epílogo de Mantzikert y el principio del fin para la dominación bizantina en grandes extensiones (en realidad casi la totalidad) del Asia Menor.

### **Diez años después de aquél fatídico día.**

Corre agosto del año 1081. Diez años han pasado desde Mantzikert. En Constantinopla Miguel Ducas hace casi tres que ha dejado de ser emperador; muy por el contrario, ahora se encuentra abocado a tareas monásticas y por méritos propios ha llegado a ocupar el cargo más alto en una sede archiepiscopal. El general golpista que le reemplazó, Nicéforo Botaniates también es a la sazón una traza apenas perceptible de un recuerdo borroso. Habiéndose enemistado con sus aliados de la aristocracia militar, la

familia Comneno, no tardó en seguir el camino de Miguel hacia el ostracismo. El emperador es ahora Alejo I Comneno, un experimentado soldado que en los años anteriores se había batido valerosamente contra todos los postulantes al trono imperial, ostentando siempre una virtud extraña para la mayoría de sus contemporáneos: la lealtad. Alejo hace apenas cuatro meses que está en el poder; tiene menos de 30 años pero a través de sus venas exuda una voluntad inquebrantable por ayudar a su patria a sobreponerse del colapso acontecido aquél fatídico día de agosto de 1071.

En las tierras europeas del Imperio todo es un caos. Los normandos de Roberto Guiscardo, el señor de toda Italia meridional, luego de conquistar la isla de Corfú, han puesto sitio al importante enclave de Durazzo o Dirraquio, en la costa de Epiro. Más al Norte, entretanto, se espera una inminente invasión por parte de los pueblos de las estepas, los pechenegos. La situación es en extremo complicada, pero al menos los territorios aún responden a las órdenes de Constantinopla. Al otro lado del mar Egeo, en cambio, el cuadro es diametralmente opuesto al que subyace en el Oeste. En Antioquia, aunque respondiendo aún a los designios del emperador, un armenio de nombre Filareto ha sucedido en el cargo al asesinado Isaac Comneno. Bajo la férula de su autoridad se encuentra un vasto territorio que se extiende desde Tarso, en la llanura cilicia, hasta más allá de los campos del Eufrates y comprende, amén de su capital, las importantes ciudades de Edesa, Mamistra y Anazarbo. Aunque los invasores turcos le hacen la vida imposible, el funcionario armenio se las ha arreglado muy bien para mantener cristiana a la gran ciudad siria. Hay otros armenios enseñoreándose de las comarcas adyacentes a sus tierras. Por ejemplo están Oshin y Roupen en las colinas al noroeste de Cilicia y otros más que, habiendo sido antiguos funcionarios bizantinos, conservan sus puestos en regiones tan distantes como Melitene.

Sin embargo, el caos de la otrora unificada Anatolia se puede apreciar con más nitidez un poco más hacia el corazón de la península, donde los selyúcidas han impuesto su autoridad y donde los turcomanos han llevado sus rebaños. En las proximidades del litoral egeo, el emir Chaka se ha hecho fuerte en su capital de Esmirna y ha conquistado numerosos poblados cercanos como Éfeso, Fócea y Magnesia. No muy lejos de allí, el sultán Suleimán ibn Kutulmish ha establecido su residencia en la gran ciudad de Nicea, desde donde gobierna sobre un vasto territorio comprendido entre Bitinia y Siria. No obstante su soberanía no es uniforme a lo largo de toda esa extensión pues de manera intercalada se suceden algunos poderes independientes: Danishmend, que gobierna en Sebastea, Cesárea y Amasea, y Menguchek que lo hace en Colonea y Erzindjan son los más importantes. *“Los jefes turcos habían establecido una especie de tranquilidad en torno a sus ciudades principales; pero el campo era víctima de las correrías de las hordas nómadas de turcomanos, mientras la confusión aumentaba por la presencia de refugiados griegos y armenios. Gran número de cristianos fue adoptando el Islam y quedó gradualmente absorbido por la raza turca... Pero la población griega, en su mayoría, se abrió camino, lo mejor que pudo, hacia las costas del mar Negro y el Egeo”* (Steven Runciman, *“Historia de las Cruzadas”*, Vol. I, pág. 81). Este fue en definitiva el legado de Mantzikert. ¿Pero fue Mantzikert la causa o meramente una consecuencia, al igual que todo lo anterior?

## **Conclusión.**

A la distancia y luego de todas las consideraciones hechas, no parece descabellado afirmar que Mantzikert más que causa de la debacle bizantina fue una consecuencia, otra más, al igual que la debacle misma, de un proceso que se había iniciado muchos años antes. Tal vez habría que remontarse hasta la muerte de Basilio II el Bulgaróctono (1025) para empezar a recopilar pequeños detalles que, conformando al cabo un mosaico, podrían sindicarse como la clave para entender el colapso que tuvo lugar al promediar la segunda mitad del siglo XI. La decadencia del sistema de soldados estratotas, el encumbramiento de los terratenientes en Asia Menor, la falta de un candidato al trono con las mismas cualidades del Bulgaróctono, la irrupción en el poder del partido civilista, los recortes en el presupuesto militar que sobrevinieron poco después, la anexión de los estados armenios que servían como tapón o dique de contención en el Este (y en la que tuvo que ver Basilio II), el incremento de la presencia de mercenarios entre las fuerzas imperiales, todo, ayudó a desencadenar la tragedia aquel terrible día de agosto de 1071. En otras palabras, Mantzikert fue el corolario de una serie de gruesos desaciertos y al mismo tiempo constituyó el resultado de una secuencia de errores tácticos cometidos en el campo de batalla por Romano IV Diógenes. A estas alturas, la traición de Andrónico Ducas es solo una anécdota que, no obstante, no deja de convalidar el grado de animadversión existente entre los dos partidos que se disputaban el Imperio, en vísperas de la crucial batalla.

Que los turcos selyúcidas y las hordas de turcomanos que les seguían hayan sido la mano visible que precipitó los hechos con la ocupación de gran parte de Asia Menor no debería ser motivo de aprensión si se considera cómo los bizantinos actuaron para con el desafortunado Romano IV. Sin mencionar la manera en que luego desperdiciaron sus recursos en una cruenta guerra civil que terminó vergonzosamente con la muerte de aquél. Otro tal vez habría sido el desenlace si se hubiese aceptado el retorno de Romano a Constantinopla con el subsiguiente cumplimiento de los tratados firmados con Alp Arslan. Hablar luego de la sucesión de Romano en beneficio de otro candidato de la estatura de Nicéforo II Focas, Juan I Zimisces o del mismísimo Basilio II Bulgaróctono permite obviamente soñar con una restauración a la usanza de los macedonios. Pero todo ello solo es motivo para la especulación.

Como conclusión final se puede decir que en el campo sangriento de Mantzikert los bizantinos se jugaron el destino de su Imperio. Los hechos, sin embargo, pusieron en evidencia que fueron muy pocos los que realmente se dieron cuenta de ello al momento de empuñar las armas y levantar los escudos. Un motivo más para reivindicar y rescatar del oprobio la actitud de Romano IV Diógenes, aunque Miguel Psellos se empecine en demostrar los beneficios de la nueva era Ducas con bonitos golpes de pluma.

**Autor:** Guilhem W. Martín ©

**Fuentes documentales:**

**Miguel Psellos**, *Vida de los Emperadores de Bizancio o Cronografía*, Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

**Miguel Atalíates**, *Historia*, versión digitalizada en griego.

**Ana Comneno**, *La Alexiada*, Editorial Universidad de Sevilla, traducción a cargo de Emilio Díaz Rolando, ISBN 84-7405-433-8.

**Steven Runciman**, *Historia de las Cruzadas*, Vol. I, Alianza Universidad, versión española de Germán Bleiberg, 1980, ISBN 84-206-2059-9.

**Franz Georg Maier**, *Bizancio*, Siglo Veintiuno Editores, 6ta. Edición, 1983, ISBN (volumen trece) 988-23-0496-2.

**E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran**, *Historia de Bizancio*, Crítica Barcelona, 2001, ISBN 84-8432-167-3.

**Warren Treadgold**, *Breve Historia de Bizancio*, Paidós, 2001, ISBN 84-493-1110-1.

**Carlos Diehl**, *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*, Espasa-Calpe SA, Colección Austral, 1963.

**John Julius Norwich**, *Breve Historia de Bizancio*, Cátedra Historia Serie Mayor, 1997, ISBN 84-376-1819-3.

**Jean Pierre Alem**, *Armenia*, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), 1963.

**Johannes Lehmann**, *Las Cruzadas, Los Aventureros de Dios*, Ediciones Martínez Roca S.A., 1989, ISBN 84-270-1352-3.

**Mijail Zabarov**, *Historia de las Cruzadas*, Biblioteca de la Historia, Akal Editor, 1985, ISBN 84-7291-8205.

**Claude Cahen**, *El Islam, desde los orígenes hasta los comienzos del Imperio Otomano*, Editorial Siglo Veintiuno, 1975, ISBN 83-323-0020-9

**Joseph M. Walter**, *Historia de Bizancio*, Edimat Libros S.A., ISBN 84-9764-502-2.

**Emilio Cabrera**, *Historia de Bizancio*, Ariel Historia, 1998, ISBN 84-344-6599-X.

**Georg Ostrogorsky**, *Historia del Estado Bizantino*, Akal Editor, 1984.

**Alexander A. Vasiliev**, *Historia del Imperio Bizantino*, Libro dot.com, versión digital.

**Norman H. Baynes**, *El Imperio Bizantino*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, 1974.

**Roberto Zapata Rodríguez**, “*Italia Bizantina, Historia de la Segunda Dominación Bizantina en Italia, 867-1071*”, Asociación Cultura Hispano-Helénica, versión revisada por Eva Latorre Broto, 2007, ISBN 9788487724022.

**Salvador Claramunt**, *Las Claves del Imperio Bizantino 395-1453*, Universidad de Barcelona, 1992, ISBN 84-320-9227-4.

**The History Collection**, University of Wisconsin Digital Collection, *Crusades*. <http://digicoll.library.wisc.edu/cgi-bin/History/History-idx?id=History.CrusTwo>.

**Medieval History**. *Debauchery at Mantzikert, 1071: Prelude to the Crusades*. Versión digital.

**Rosemary**, *The Battle of Manzikert*, Clio, Journal of Ancient and Medieval History at Dickson College.

**Jack D. Andersen**, *What Went Wrong at Manzikert?*, Texas A & M University, versión digital.

**Paul E. Chevedden**, *The Invention of the Counterweight Trebuchet: A Study in Cultural Diffusion*, Dumbarton Oaks papers Nro. 54, 2000.

**Paul Magdalino**, *The Byzantine Background to the First Crusade*, Canadian Institute of Balkan History, 1996.

**Abbas Hamdani**, *A Possible Fatimid Background to the battle of Manzikert*, Mihvaukee, versión digital.



# Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos



29 - 05 - 1453 - 00

